

REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.



BUÑOLERIA EN SEVILLA.—BEJARANO.

JUAN CANO.

INÉDITO.

(MUERTO EN CHAPULTEPEC. 1847).

Era un león, soberbio de orgullo y de bravura;
su yucateca sangre, roja, rebelde y fiera,
daba calor en su alma á la inmortal quimera
de hacer una gran patria de un pueblo sin ventura.

De la invasión sajona la trágica aventura
lo halló sin esperanza en la conciencia austera;
mas al deber fué recto y al pie de su bandera
cayó como árbol roto por la tormenta obscura.

Cayó entre héroes niños sobre sangrienta charca;
allí, no lauros, flores segó la negra parca:
quien así cae, triunfa y á la victoria pisa.

El, que la fuerza bruta, fué, al sucumbir, más fuerte;
y conservó en sus labios exangües la sonrisa
de un mudo, eterno y frío desprecio de la muerte.

1896.—JUSTO SIERRA.

HARMONIAS TRAGICAS.

CHOPIN—WALS.

Al Duque Job.

Una alcoba azul, artísticamente coqueta. En el fondo, recostada en un diván, una mujer hermosa. Ernesto, de pie, pálido. Las luces vacilantes del crepúsculo cayendo en menuda red de oro sobre el cuadro.

LEONILA (con mirada de reproche).

Es decir que sólo tu violín puede tocar mi vals; que nadie escuchará tus inspiraciones ni en los paseos ni en teatros, porque es imposible escribir esa música de tu alma, y que ni yo... que tal vez algún día lejano... qué significa eso, Ernesto? Oh, ¡eres cruel conmigo, muy cruel!...

ERNESTO.

Cruel no, amada mía, compasivo. No quiero hacerte sufrir mis sufrimientos; no quiero que oigas esta música extraña, dolorosa... Divulgarla en los paseos! hacer gemir mi corazón en un teatro... Sólo mi violín! sólo mi arco! Es imposible condensar en el papel los anhelos, los sobresaltos, los dolores de una alma que se rompe en vibraciones de amor! Dale forma á un suspiro, escribe una estrofa que suene como un beso, traza una línea que ondule como tus senos... qué locura, verdad? Intimidaciones, secretos, palabras de ternura y ayes de dolor, notas que mueren gimiendo... no, no quiero que las oiga el mundo, no quiero que las oigas tú.

LEONILA.

Y por qué has creado esa armonía dolorosa? Yo te pedí un vals que fuera arrullo, sentido y dulce, que adurmiera nuestros corazones á la hora de los sueños tibios. Yo quería una enramada de nidos susurrantes sobre la lánguida hamaca de nuestro amor. En cambio, Ernesto...

ERNESTO.

Escucha, Leonila: yo también quería que el vals brotara de las cuerdas de mi violín como un enjambre de suspiros temblorosos, como una parvada de frenéticos besos! Lo sentía palpar en el fondo de mi sér; incoherente y desordenado y sublime como las primeras frases del primer amor! Las palomas de mi alma le daban languideces, adormidas cadencias las ondas que ruedan su rumor de besos entre los juncos, y arrebatadora armonía esas notas que estallan en delirante concierto cuando los ojos se miran y los labios se juntan! Pero ay! un presentimiento horrible aparecía con amagos de tempestad en mi horizonte, y sólo encontraba una nota para traducirlo, una nota de dolor, amarga como la queja de las ausencias, desgarradora como el grito de los abandonos! y cuando esa nota brotó, sola, aguda, interminable, mis ilusiones huyeron doloridas, cantando el triste adiós de lo que no vuelve!

Se nubló el cielo, se ensangrentó la luna, y una ave negra graznaba tristezas sobre un ciprés abandonado... Entonces, con el violín en la mano, invoqué tu imagen. Oh! qué podían decirme tus labios sino las palabras que te enseñaron los ángeles, y qué otra cosa sino estrellas vería en la noche serena de tus ojos?—«Loco, loco de mí, dije: cómo ha de ser triste el vals cuando me lo pide su sonrisa y me lo premiarán sus besos? no, son los vapores verdes del ajeno que suben á mi cerebro como jirones de niebla ó pedazos de sudario.» Tu recuerdo los barrió, y en mi alma despejada, el amor despertó nidos alegres y pintó nubes de plata.—«Cantad, esperanzas mías!» y mi mano temblorosa deslizó el arco sobre las cuerdas... Dicha inefable! Tu cuerpo se estremecía entre mis brazos mientras un rizo de tu cabellera negra rozaba voluptuoso mi frente pálida... Y el arco recorría más rápido las cuerdas... Deleites divinos! Te sentía jadeante, girando, mientras tu aliento más apresurado quemaba mi boca y tus senos temblaban de amor sobre mi pecho... Y el arco, como un relámpago, azotó las cuerdas... Qué horrible grito! Desaparecías en un torbellino de armonías en brazos de otro hombre, y cuando tus labios le dijeron al oído *te amo*, una nota aguda, tremenda, implacable, saltó de mi violín como un rayo, como una maldición!... Después... no sé. Un velo de plomo cayó sobre mi conciencia... desapareció el mundo... Desperté muy tarde, sobre el suelo, con el violín á mis pies... Era de noche—la copa de ajeno estaba vacía—tu vals estaba terminado.

Pausa.—ERNESTO agitado.—LEONILA pensativa.

LEONILA (con marcada dulzura).

Ernesto, vuelve en tí... no temas nada. Olvida ese momento de delirio, esa locura... Te amo tanto! ¿Por qué te torturas, mi bien, con inspiraciones fúnebres? ¿Por qué no condensas en una armonía de amores los latidos de mi corazón? Si te doy mis miradas y mis sonrisas y mis besos, ¿por qué haces que tu armonía llore tristezas? Suprime esa nota, y en lugar de un grito desesperado, termina con un canto de triunfo. Ya verás; toma el violín, clava en mis ojos tus pupilas, y toca... toca.

ERNESTO (con voz ahogada).

Imposible. Si alguna vez dejas de amarme, y soñando mentido paraíso olvidas que sufro el mal que nunca sana, perdido en los solitarios rincones adonde no llega el sol con sus consuelos ni la sonrisa con sus promesas, entonces, sólo entonces, oirás el vals... Si á tus oídos entra la algazara de los placeres, llegará mi nota á turbar tu felicidad para siempre... Es mi venganza... terrible... pero

te amo, y el amor jamás perdona, es verdugo y mata!

LEONILA (nerviosa).

Ernesto, por tu vida, no me atormentes más con tus desvaríos! Olvidarte? ¡Nunca! Tengo confianza en el porvenir, y ni en los suplicios del infierno me arrepentiré de nuestro amor. ¿Sufres? Bien; quiero sufrir. Toca, toca, aunque me desgarras el corazón!

ERNESTO (suspirando).

No puede ser.

LEONILA (levantándose y acariciándole la frente).

Por mi amor.

ERNESTO.

¡Oh, no... Leonila, no...

LEONILA (con una promesa en la mirada).

Por mi amor.

ERNESTO (cediendo).

Leonila....

LEONILA (dándole un beso).

Por mi amor.

ERNESTO.

Sea.

Se hace más indecisa la luz crepuscular. Leonila se recuesta en el diván y entorna los ojos. Ernesto toma el violín y levanta el arco.

ERNESTO.

Brota, música del alma.

EL VALS.

Canto las miradas sonrientes de la aurora, la virgen de los pudores color de rosa. Soy trino de pájaro que despierta entre las mallas verdes, beso lento de espuma azul á la sediente orilla, caricia de fresco aroma sobre las margaritas blancas. Soy el alegre despertar de una esperanza.

Una sonrisa inefable tremula en los labios de Leonila.

EL VALS.

Canto los dormidos amores de la siesta junto á los arroyos apacibles; tengo el vaivén de los senos suspirantes; tímido y lento, soy el letargo de un beso sobre una frente doblegada.

Leonila, desfalleciente, inclina su cabeza sobre la espalda.

EL VALS.

Canto amores más dulces cuando el sol declina; los amores que se mecen en los nidos, los que en la fuente verde modulan las palomas, los que vuelan en el tejido de oro de los celajes y los que suspiran las ninfas bajo las espesas ondas. Cuando la luna aparece sobre los picachos violados del Oriente, condense en un acorde sonoro los rumores dispersos y los suspiros perdidos, y en los espacios azules me desgrano en besos.

Una mirada de amor languidece en los ojos de Leonila.

EL VALS.

También canto la noche y el dolor. Cansadas, mis notas huyen á la sombra. Soy la triste despedida á la luz, á los campos y á las fuentes. Cómo lloro! Cómo me lamento! Acompaño las quejas de la fronda.... Adios, ilusiones blancas, adios!....

Una lágrima cintila en las pestañas negras de Leonila.

ERNESTO (sin poder contener el arco).

Miserable de mí! la nota! la nota!

EL VALS

Soy terrible! Estallo en desesperados acordes y penetro hasta el fondo de las almas con el estruendo de un cataclismo.

LEONILA (levantándose demudada, con las manos en los oídos).

Calla! calla, que me matas!

ERNESTO (fuera de sí).

Detén mi mano, Leonila! Ah, cómo vibras, maldita nota! Te estrellas en mis oídos y repercutes en mi corazón como un ruido en una caverna! Detén mi mano! pronto! pronto!

Leonila, haciendo un esfuerzo, se lanza sobre su amante y le arrebató el violín.

ERNESTO (desplomándose).

Horror!

De noche. Ernesto, sin sentido, á los pies de Leonila. Ella, afianzando el violín con su mano crispada, hunde en la sombra una mirada de dolor.

* *

DESPUÉS.

Salón de baile espléndidamente decorado. Luces, perfumes. Trajes de exquisita elegancia. Suenan los últimos compases de una pieza.

VARIAS VOCES.

—¡Qué violín tan admirable!

—¡Cuánto sentimiento y cuánta dulzura!

—Es un pobre joven de fisonomía triste y ademanes distinguidos; un desgraciado tal vez....

—Y dicen que es notable en la ejecución de los vals.

—Lástima que los demás instrumentos no le permitan lucir por completo.

—Si tocara solo....

—Y por qué no? basta pedirlo.

—¡Un vals! un vals!

Una pareja se dirige al músico. La mujer, bella como una diosa, se apoya con coqueta pereza en el brazo de un caballero. El la habla al oído; ella sonríe

LA DAMA (al músico).

Si vd. tuviera la bondad de tocarnos un vals; sabemos que es una especialidad de vd.

EL MÚSICO, joven envejecido, sombrío—(aparte —visiblemente demudado).

Es su voz y son sus ojos, Dios mío! (á la dama, forzando una sonrisa). Señora, tal honor....

LA DAMA (con voz dulce).

Sin modestias, vamos.... no vacile vd.... por qué esa turbación?... Contamos con el vals, no es así?

EL MÚSICO (conteniendo un grito, con llamas en los ojos, haciendo un marcado esfuerzo).

Bien.... sí.... tocaré.... para vd., sólo para vd.

LA DAMA.

Gracias por la complacencia. (A su compañero). Dame tu brazo, Rodolfo.

Se pierden en el salón, entre las parejas. El músico toma su violín y preludia el vals.

EL VALS.

Yo canto las miradas sonrientes de la aurora.... Soy el alegre despetar de una esperanza.

RODOLFO Y LA DAMA.

—Por qué sonreís, amada mía?

—Porque te adoro.

EL VALS.

Yo canto los dormidos amores de la siesta.... Soy el letargo de un beso sobre una frente doblegada.

RODOLFO Y LA DAMA.

—Por qué desfalleciente inclinas tu cabeza sobre la espalda?

—Porque te adoro.

EL VALS.

Yo canto amores más dulces cuando el sol declina.... en los espacios, azul me desgrano en besos!

RODOLFO Y LA DAMA.

—Por qué languidece en tus ojos la mirada?

—Porque te adoro.

EL VALS.

También canto la noche y el dolor.... Adios, ilusiones blancas, adiós....!

RODOLFO Y LA DAMA.

—Por qué cintila una lágrima en tus pestañas negras?

—Porque te adoro.

EL VALS.

Soy terrible! Estallo en desesperados acordes y penetro hasta el fondo de las almas con el estruendo de un cataclismo!

La dama lanza un grito y se desprende de los brazos de Rodolfo. Estupor general. El músico, transfigurado, agita el arco con frenesí.

LEONILA.

Calla! calla, que me matas!

ERNESTO.

La nota, Leonila, la nota! Ahora no detendrais mi mano.... Ah! mi dolor es omnipotente! Soy invencible, bendita nota. Hiéreme, aniquíllame, máta-me, pero hiere, aniquila y mata á la perjura! Vibra! vibra!

LA NOTA (sonora, sostenida, cortando el aire como un ¡ay! agudo hasta lo imposible).

Soy la maldición de un amor!

Leonila, livida, se desploma sobre la alfombra. Las cuerdas del violín saltan hechas pedazos, silbando.... El músico, petrificado, clava sus ojos de loco en el cuerpo de Leonila, hijos.... hijos.

JESÚS URUETA.

MEDAILLE ANTIQUE.

MEDALLA ANTIGUA.

(PARA LA REVISTA MODERNA).

L'Etna mûrit toujours la pourpre et l'or du vin
Dont l'Erigone antique enivra Théocrite;
Mais celles dont la grace en ses vers fut écrite,
Le poète aujourd'hui les chercherait en vain.

Perdant la pureté de son profil divin,
Tour à tour Aréthuse esclave et favorite
A mêlé dans sa veine où le sang grec s'irrite
La fureur sarrasine à l'orgueil angevin.

Le temps-passe. Tout meurt. Le marbre même s'use.
Agrigente n'est plus qu'une ombre, et Syracuse
Dort sous le bleu linceul de son ciel indulgent;

Et seul le dur metal que l'amour fit docile
Garde encore en sa fleur, aus médailles d'argent
L'immortelle beauté des vierges de Sicile.

JOSÉ MARIA HEREDIA.

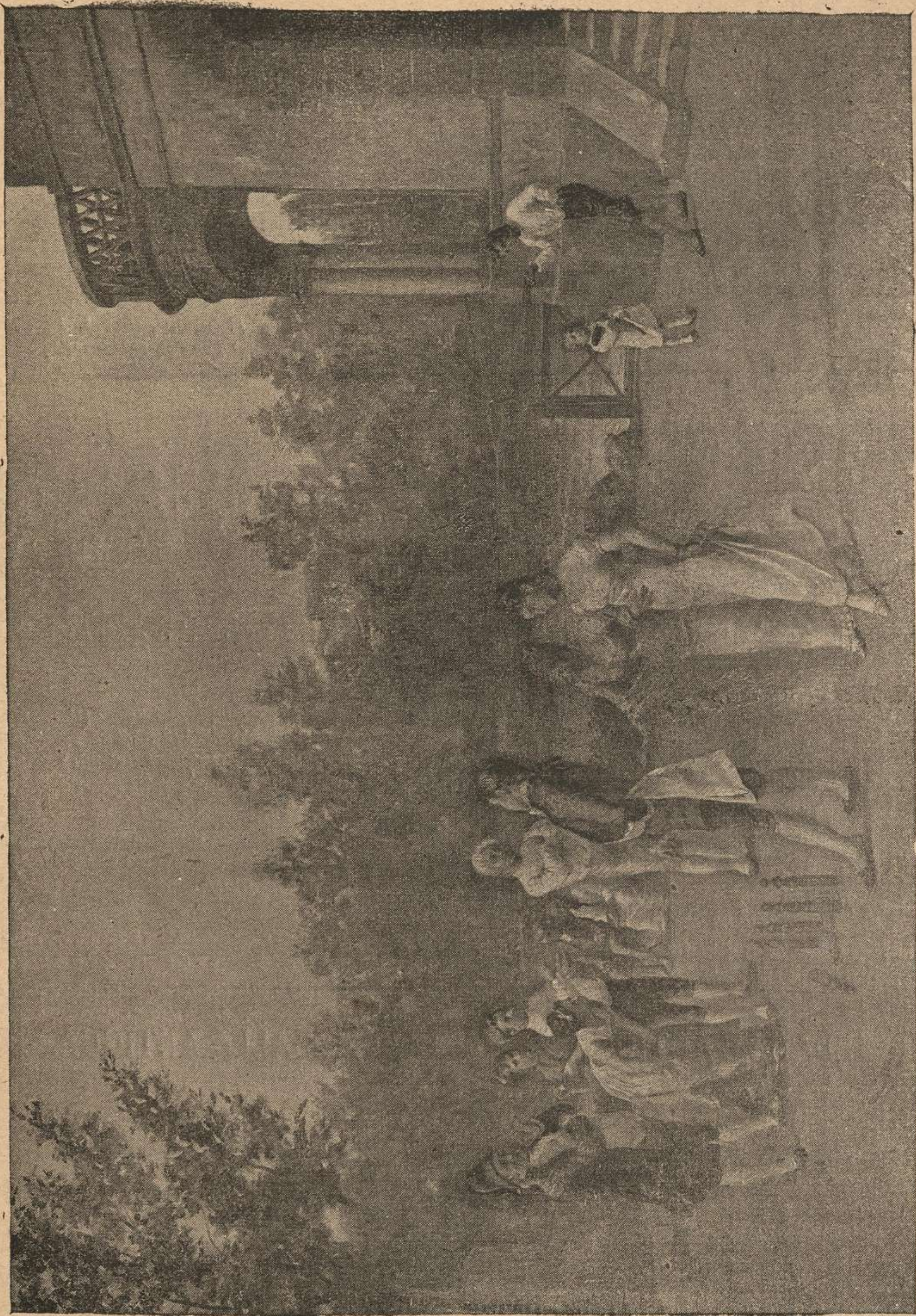
Madura siempre el Etna la púrpura del vino
Con que Erigona antigua á Teócrito embriagaba;
Mas esas cuyo encanto en versos celebraba,
Hallar hoy no pudiera el bardo peregrino.

Perdiendo la pureza de su perfil divino
Ha mezclado Aretusa, favorita y esclava,
A sus venas, do sangre de Grecia palpitaba,
El furor sarraceno al orgullo angevino.

Destruye el tiempo todo. El mármol se deshace.
Se ve á Agrigento en ruinas y Siracusa yace
Bajo la azul mortaja de su indulgente cielo;

Y sólo el metal guarda, vencida su dureza,
De la flor de las vírgenes del Siciliano suelo,
En medallas de plata, la espléndida belleza.

JOAQUÍN D. CASASUS.



PARTIDA DE BOLOS.—BARÓN CATTIÁ.

LA OBRA MAESTRA DEL CRIMEN.

(CONCLUYE.)

V

La «Obra maestra del crimen» apareció en la *Revue des Deux Mondes* y obtuvo un éxito prodigioso. La prensa habló de ella con extraordinario ca-

lor. Seyarc dió una conferencia en el *boulevard* de los Capuchinos, á propósito de la obra. Estableció comparaciones con Hoffmann y Edgard Poe; dijo dos palabras acerca del arte dramático, con motivo de las preparaciones psicológicas que precedían

á la escena del crimen; hizo una digresión acerca del *vaudeville*, otra sobre la escuela normal; una tercera sobre la esencia de la digresión, y, últimamente, llamó al autor *cuarto de genio*, dándole un golpecito familiar en el estómago.

En suma, hubo un concierto de elogios, á parte de las vociferaciones indispensables de los envidiosos, de los tontos y de las insignificancias del periodismo.

VI

Sin embargo, en todos los artículos, aun en los más encomiásticos, había dos cosas, que irritaron profundamente á Oscar Lapissotte.

La primera era que el público se obstinaba en tomar su verdadero nombre por un pseudónimo, y seguía llamándole Anatolio Desroses.

La segunda, que se hablaba demasiado de su imaginación, sin hacer resaltar la verosimilitud de su relato.

Estos dos deseos lo atormentaron á tal punto, que dió al olvido toda la fortuna de su naciente gloria. Los artistas están de tal modo hechos que, aun cuando la crítica los coloque en un lecho de rosas, sufren cuando una hoja forma el menor plieguecillo.

Así, un día, cuando un *quidam* felicitaba al autor de la «Obra maestra del crimen,» llenándolo de incienso de arriba abajo, el gran hombre le respondió intempestivamente:

—¡Ah, señor! Usted me felicitaria de muy distinto modo, si supiese la última palabra del asunto. Mi novela no es un cuento; es un sucedido. Se cometió el crimen tal como yo lo refiero. Y fui yo quien lo cometió. Mi verdadero nombre es Oscar Lapissotte.

Decía esto friamente, con aire de convicción, fijando bien sus palabras, como quien desea ser creído.

—¡Encantador! ¡Encantador!—exclamó el otro.—La broma es deliciosa.

Y al día siguiente, todos los periódicos contaban la anécdota. Se encontraba también encantadora la tentativa de mistificación, por la que Anatolio Desroses quería hacerse pasar por un asesino. Decididamente, era original y digno de ocupar la atención de París.

Oscar Lapissotte se puso furioso. Al hacer esta confesión terrible, había obrado, por algún modo, maquinalmente. Ahora, tenía realmente necesidad de ser creído por alguien.

Renovó su confesión á todos los amigos con quienes tropezó en la vía pública. El primer día, pareció divertido. El segundo, se dijo que la broma era monótona. Al tercero, la tuvieron por aburrida. Al cabo de una semana, acabó por pasar por un imbécil.

No sabía mantenerse á la altura de su reputación de hombre de talento. Sus partidarios más ardientes lo hicieron á un lado.

Este comienzo de un hundimiento lo exasperó.

—¡Ah! Esto es demasiado! decía á los incrédulos. Así, ¿nadie quiere dar fe á lo que es la verdad exacta? ¿nadie quiere reconocer que no solamente he

escrito, sino ejecutado, la *obra maestra del crimen*? Y bien, tendré el corazón limpio. Mañana, todo París sabrá quién es Oscar Lapissotte.

VII

Fué en busca del juez de instrucción que tuvo á su cargo el proceso de la calle de San Dionisio.

—Señor, le dijo; vengo á constituirme preso. Soy Oscar Lapissotte!

—Es inútil que usted continúe, le contestó el juez con aire amable. He leído la novela de usted y lo felicito sinceramente. También sé la excentricidad á que se entrega usted desde hace ocho días. Otro que no fuera yo, se enfadaria, tal vez, al verle llevar la broma hasta la magistratura. Pero á mí me gustan las letras y no le impediría que tratase de convencerme de la espiritual broma, puesto que ella me proporciona el placer de conocerle.

—¡Eh, señor! dijo Oscar impaciente ante semejantes manifestaciones de política. ¡No se trata de una broma! Le juro á usted que soy Oscar Lapissotte, que he cometido el crimen y lo voy á probar.

—Bueno, caballero, replicó el magistrado; va usted á ver cuán complaciente soy. En vista de lo curioso del hecho, me prestaré á esta farsa. Aún debo confesar á usted que de antemano me regocijo al ver cómo un espíritu tan discreto como el suyo, podrá gobernarse para demostrar lo absurdo.

—¿Lo absurdo? ¡Pero si lo que he contestado es la verdad absoluta! El cochero no fué culpable. Yo fui quien....

—Creo haber dicho á usted que he leído su novela. Si es á usted agradable referírmela por sus propios labios, tendré un placer infinito. Pero esto no me probará más que una cosa que estaba ya probada, y es que usted tiene una imaginación singularmente rica y rara.

—No he tenido imaginación sino para cometer mi crimen.

—¿Para cometerlo? Para escribirlo, señor, para escribirlo. Y ¡vaya! déjeme usted decirle todo lo que pienso á este respecto. Ha dado usted pruebas de mucha imaginación, pasó usted los límites permitidos á la fantasía del escritor, inventó usted ciertas circunstancias que pecan contra lo vorosímil....

—Pero si le digo á usted que....

—Déjeme acabar. Usted ha de convenir en reconocerme alguna competencia en materia de crímenes. Bueno, pues yo le aseguro con la mano en la conciencia, que el crimen de usted no ha sido ideado con naturalidad. El encuentro con la criada en la Piedad es demasiado casual. El cloral, es inadmisibile. Y aún otros detalles. En tanto que la obra de arte, la novela, es encantadora, original, bien desarrollada, lo que se llama palpitante; y admito que usted hace muy bien, como escritor, en modificar de este modo la realidad. Pero el crimen, el famoso crimen que dice usted haber cometido, es en sí mismo imposible. Querido Sr. Desroses, lamento mucho disgustar á usted; pero si lo admiro como literato, no puedo tomarlo á lo serio como criminal.

—¡Eso es lo que vas á ver! gritó Oscar Lapissotte, saltando sobre el magistrado.

Tenía la boca llena de espuma, los ojos inyectados de sangre, el cuerpo agitado por un acceso de cólera. Hubiera estrangulado al juez, si no hubiese acudido gente al ruido de los gritos.

Se apoderaron de este furioso, y lo condujeron á Charenton como loco.

—He aquí á dónde conduce la literatura! escribía al día siguiente no recuerdo qué cronista. Anatolio Desroses hizo una vez, por casualidad, algo bello. Se ha conmovido de tal modo que ha acabado por creer en la realidad de su sueño. Es la vieja fábula de Pígmalión enamorado de su estatua. Este pobre de Mürger me decía un día.... etc.... etc.

VIII

Y lo que había de más horrible es que Oscar Lapissotte no estaba loco. Gozaba de toda su razón, lo que lo torturaba cruelmente.

—Así, pensaba, tengo todas las desgracias. No se quiere creer en mi nombre ni en mi crimen. Cuando haya muerto pasaré sencillamente por Anatolio

Desroses, un escritorzuelo que tuvo la suerte de escribir un solo cuento bonito; y se tomará como un personaje de novela á este Oscar Lapissotte, á este sér que soy yo, al hombre de sangre fría, de decisión, de acción, al héroe de la ferocidad, á la negación viva del remordimiento. ¡Oh! que se me guillotine, pero que se sepa la verdad. Aun cuando no fuese más que un minuto, antes de poner mi cuello en el tajo; aun cuando no fuese más que un segundo, durante el tiempo que la cuchilla cayese; aun cuando fuera un relámpago, quiero tener la certeza de mi gloria y la visión de mi inmortalidad.

Se trató esta exaltación por duchas.

En fin, á fuerza de vivir con su idea fija y en compañía de los locos, se volvió también loco.

Oscar Lapissotte había acabado por creer que era Anatolio Desroses y que nunca había cometido tal asesinato.

Murió con la convicción de haber *imaginado* su obra y no haberla ejecutado.

JUAN RICHEPIN.

EL BESO.

Sueña el rey que es rey y vive
Con este engaño mandando.
CALDERON DE LA BARCA.

Un oso y un tigre resguardan mi lecho,
un tápalo chino colgado del techo
esparce sus rosas en gayo dosel;
mis libros á un lado (mis viejos amigos
de dichas y duelos perennes testigos),
y al otro un espejo tallado en bisel.

Dos monstruos marinos, enormes figuras
de faunas extintas—cuyas dentaduras
mascan la penumbra con ira brutal,
retorciendo airados sus bifformes colas
en los toques rojos de las largas olas
aurincandescentes de un biombo oriental.

Enfrente la mesa de icónico estilo,
en ella un Aquiles, la Venus de Milo
y un cofre pequeño con cartas de amor—
de amor! . . . de memorias de tiempos pasados—
con flores marchitas, listones chafados,
todo sin perfume, todo sin color.

Exornan el plano vecino del muro,
sepias, acuarelas, el perfil obscuro
de un sátiro joven y un rojo tapiz,
donde medievaes artistas arcanos
milagros tejieron—yo adoro las manos—
de luces y sombras, en raro matiz.

Sobre la una mano fermosa doncella
sostiene una ave que espónjase en ella,
abiertas las alas, queriendo volar;
con la otra toma las áureas semillas

que una dama ofrece, puesta de rodillas,
en extraña copa de espuma de mar.

Por el rojo campo, árboles y arbustos;
Y alzando las manos, erguidos los bustos,
un fiel unicornio y un bravo león;
figuras egregias, solemnes y solas,
sosteniendo lanzas, cuyas banderolas
destienden al viento su ilustre guión.

En el fondo hojas, plantas regionales,
una policromía de juegos florales,
y en gótico aspecto gallardo lebrél;
todo reviviendo, por medios colores,
los tiempos heroicos de altivos señores,
de duras tizonas y blando rondel.

La blanca princesa. . . . es una princesa,
como que entreabre sus labios de fresa
cuando estoy á solas en mi habitación
y le entono versos, y le cuento historias
de amores arcaicos y arcaicas victorias,
trovador secreto de la tradición.

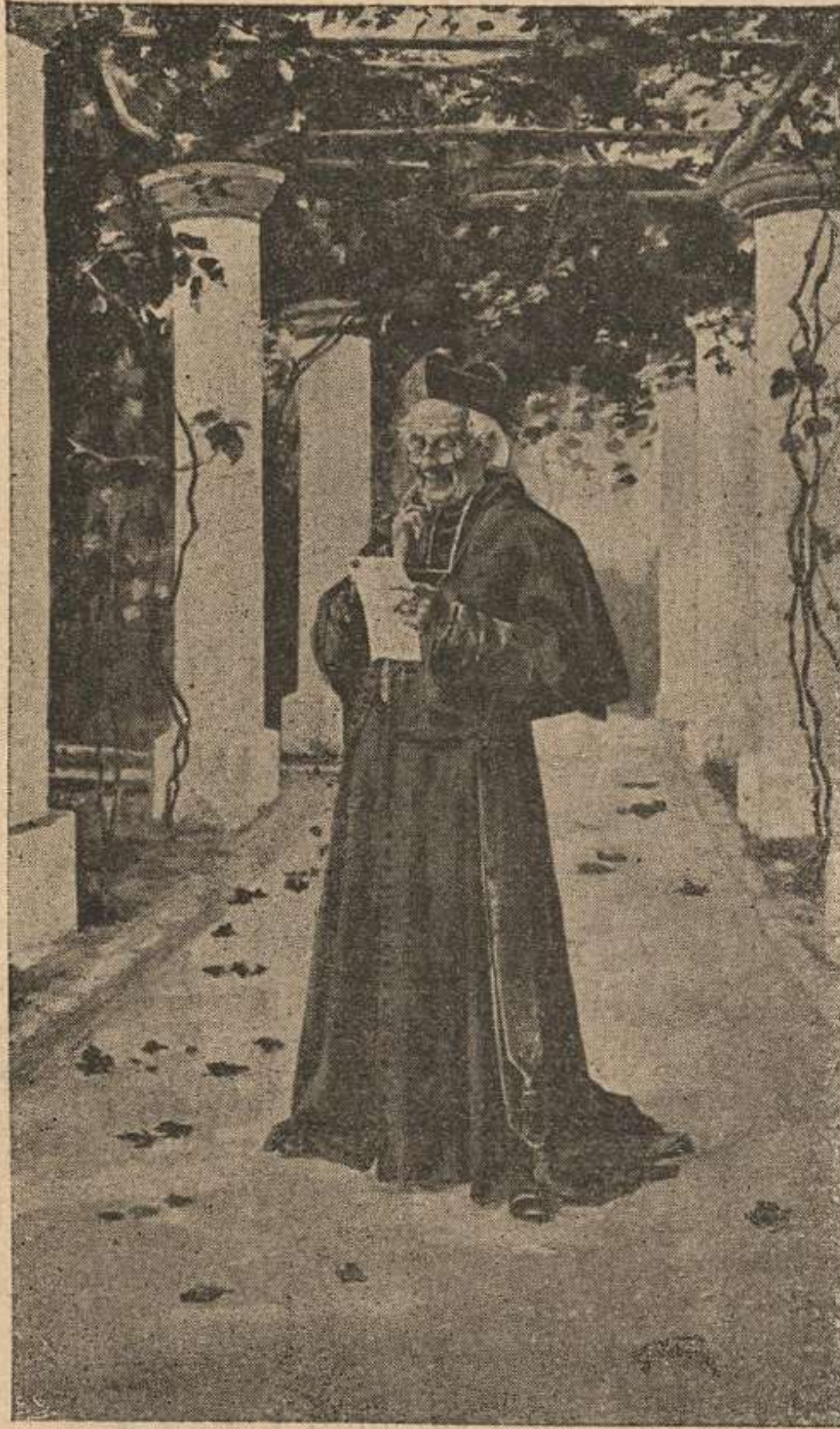
Yo sé que me ama. Sus ojos á veces
en las altas horas me pagan á creces
mis tiernas miradas mirándome á mí.
La dije una noche:—Princesa, te adoro;
y escuché muy claro su acento de oro,
diciendo muy quedo, también te amo á ti.

Temblaron las flores de seda en el techo,
rugieron las pieles que guardan mi lecho,
oí como un eco de estrofa nupcial;
y rápido entonces, saltando á la mesa,
diciendo: princesa, mi blanca princesa. . . .
besé de rodillas su blanco brial.

¡Oh, efimeros sueños! . . . Un sueño es la vida.
Yo ví á mi princesa, princesa querida,
juntar á mis labios sus labios de miel;
y bajo su beso—quimera de amores—
revivos los tiempos de altivos señores
de duras tizonas y blando rondel.

¿Quién puede arrancarme mi efimero sueño?
Yo soy de mis sueños el único dueño;
verdad ó mentira, yo he sido feliz. . . .
Y ha puesto en mis labios sus labios de fresa,
temblando de amores, mi blanca princesa,
la blanca princesa del rojo tapiz.

JESÚS E. VALENZUELA.



UN CARDENAL.—RAFAELLI.

EL DESPERTAR DE LA BELLEZA.

En el *Guildhall* de la ciudad de Londres, á las ocho y media de la noche. La gran sala de las Corporaciones con su inmensa nave de madera está resplandeciente y ruidosa como en los días de banquetes y de ceremoniosos festines municipales. A la izquierda de la larga galería gótica, un teatro antiguo ha sido erigido «con el generoso permiso del Lord-Maire, de los Sheriffs, de los Aldermen y del *Common Council*;» teatro extraordinario, verdadero templo de Apolo, cuyo proscenio levantado á seis pies del suelo, muestra un bosque de columnas con capiteles bizantinos recamados de oro y de colores vivos; en el fondo de la escena, como una inmensa corte de palacio, tapicerías á la manera de William Morris; adelante, una escalera en arco que servirá á las procesiones, las cuales descenderán en ceremonial para desfilas, al ritmo de inéditas marchas arcaicas, alrededor de las filas de espectadores silenciosos y maravillados.

Es uno de los tres espectáculos, esperados desde largo tiempo, ofrecidos por la corporación de trabajadores de Arte, pintores, arquitectos, escultores

y decoradores de Londres, bajo la sugestión de Walter Crane, para la interpretación de una especie de Misterio del Invierno y de la Primavera, sacado de la fábula de *la Belleza que se despierta*: «Beauty's awakening»; algo como nuestra *Bella durmiente del bosque*, pero revisada y parafraseada por un espíritu de la religión de Ruskin, que se esforzara en *wagnerizar* la poesía simplecilla de las leyendas y de aportar un ideal nuevo, á la vez simbólico y teatral.

Todos los maestros contemporáneos de *Art and Crafts* han tenido el honor de colaborar á este renacimiento de la alegoría ética y poética, tal como antaño la imaginó Ben Johnson para servir de diversión en las fiestas de la corte de Jacobo I, en esas gloriosas épocas shakesperianas, en que el protestantismo no había aún duramente agobiado el alma y las costumbres inglesas. Los accesorios, el teatro, los trajes, los ornamentos, todo fué dibujado por esos valientes artistas, discípulos de Rossetti y de Morris, quienes forman una tan potente y fraternal corporación en la hora actual; todo fué eje-

cutado bajo su cuidadosa y atenta dirección; ninguno de ellos limitó ni su tiempo, ni su labor, y por eso el resultado fué tan alto y pudo expresar como una comunión serena del ensueño y de la realidad.

Henry Wilson inventó, dibujó, ordenó el teatro-templo; Walter Crane creó los trajes y las actitudes de *Los cinco sentidos*, así como los tipos de la *Fortuna*, de la *Esperanza*. C-H. Townsend, quien debía representar el *Tiempo*, concibió el dibujo y las expresiones soberanas; el desfile de los trajes de las grandes ciudades civilizadoras del mundo, fué compuesto por Whall, Ahsbee, Holifax y otros. J. Belcher se consagró á los arreglos musicales; muchos más, en fin, que sería muy largo enumerar, se ocuparon de la decoración escénica, de las armaduras, de los trajes del baile, de la *floresta en marcha*, de los demonios, dragones, brujas, animales de sabat que hubieran hecho pasmar y agonizar de emoción á Juan Lorrain, el cual heredó el alma de los visionarios de tentaciones á la flamenca y quien se hubiera para siempre dejado seducir por el polvo de oro de Londres, si hubiera podido admirar los esplendores inéditos de esta ingeniosa alegoría del Invierno y de la Primavera.

*
* *

Esta especie de Misterio de *Beauty's awakening* se divide en seis escenas: 1º el Sueño de Fayremunda; 2º la Llegada del Caballero Trueheart (corazón sincero); 3º la ronda de los Demonios; 4º la visión de los tiempos reaparecidos; 5º el despertar de la Belleza; 6º el triunfo de las Artes y de la Vida. La acción de esta «Masque,» pues tal es el nombre consagrado que no sabríamos en verdad traducir, tiene á la vez del baile, de la pantomima ó de la canción de gesto, del desfile de gran espectáculo, de la obra de magia, del misterio mediceval y de la tragedia griega. Véase un *Prolocutor* al comienzo de cada escena, el cual viene á proclamar en estancias ó rondes armoniosos, el argumento filosófico ó moral que va á desarrollarse; óyense coros místicos, cantos de tristeza ó de esperanza; lo profano se mezcla á lo sagrado; la fábula acompaña la historia, la caballería guerrea contra el ocultismo, pero todo lo que se ve, gestos y actitudes, en toda personificación, en todo lo que aparece, se mueve, se expresa y pasa, un destello de Arte superior al histrionismo de estos tiempos, se revela y nos transporta muy por encima de la ironía y de la *guasa*. Es porque no hay un solo actor profesional; todos los papeles están interpretados por los artistas mismos, sus esposas, hijos é hijas, y sostenidos con fe, con religión; lo falso y lo convencional no se lee en esta presentación en público. Siéntese que bajo los trajes se han hecho, por el estudio de su personaje, un alma en devoción con la historia; tienen una dignidad sacerdotal; desfilan solemnes, resplandeciente la mirada, la boca serena, la frente augusta y noble.

He aquí á Sylwyn Image, un *Prolocutor* que parece escapado de un frontispicio de un libro holandés del siglo XVII; Walter Crane, bajo el amplio traje de Alberto Durero, esbelto, grave, los ojos hacia lo infinito como si pensara en el mirar pensati-

vo de su *Melancolía*. F. W. Pomero, como Fidas, parece hinchar con su altivez los pliegues de su toga. Madox Hueffer nos da un Augusto de cuello de toro, un Augusto pariente de Vitelio, laureado de oro, azules las pupilas, las rosas en guirnalda sobre la nuca y cuya túnica de lino se dijera salida de la casa romana de Alma Tadema. Douglas Cockerell es un divino Dante; White un dux que parece arrancado del Bellini de la *National Gallery*; Townsend es un viejo *Tiempo* que hubiera servido de modelo á Miguel Angel, por último, Paul Woodroffe reviste la armadura del caballero Trueheart con la convicción de un original Lancelot del Lago; es el caballero Primavera, el caballero de las flores del pintor Rochegrosse.

Y, entre las mujeres, qué de gracia en su andar piadoso, inspirado y sin negligencia; vemos á la hija de William Morris, el gran socialista y esteta, Miss May Morris en *Santa Elena*, Miss Wackermann en *Atenas*, Mrs Wheeler en *Tebas*, cien puertas bastarían para amarla, y la *Esperanza*, y los *Cinco sentidos*, adorablemente simbolizados por adorables ladies que se muestran en trajes de Neo-Carpaccio, con gestos primitivos, con balanceos de minuetto, remilgos mímicos, reverencias y saluciones que guardan en precisa armonía con los pliegues de sus trajes burne-jonescos, y la fragilidad de sus largos cuellos á la Botticelli.

*
* *

¡El insólito, incomparable y maravilloso espectáculo, cuya impresión es casi siderea! Evoco el poema en prosa de *La Princesa dormida* de Olivier-Georges Destrée: «Las mañanas violetas han relucido, las flores se han abierto y deshojado, los pájaros han cantado y se han callado, los soles rojos han venido á iluminar la floresta sombría, y los vitrajes de los relicarios de pronto se han inflamado á los besos de fuego de las luces. A través de las ramas y de los follajes grises, la Luna se ha levantado pensativa y se ha contemplado en los lagos, plateando las torres y las armaduras de los guerreros, en el palacio, envolviendo la Adormida con una caricia dulce como ninguna. Cantos de pájaros, languidez de flores, albas violetas, ponientes bermejos, palidez de frías lunas, todo ha comenzado y todo ha terminado para recomenzar en seguida. Siempre la inmóvil princesa duerme al ritmo lento de la música encantadora. ¿En qué piensa y qué han visto sus ojos velados desde los siglos desaparecidos? ¿Vendrá el caballero, el duque, el príncipe, el sin par guerrero que con su primer beso debe despertar á la novia bien amada?»

Está aquí ya, para despertar á Fayremunda, el caballero Corazón-leal; reanima en el templo de la belleza las siete lámparas extintas: la de la *Verdad*, el *Sacrificio*, el *Poder*, la *Belleza*, la *Vida*, la *Obediencia* y la *Memoria*; apacigua los vientos que danzan descabelladas zarabandas, hace reflorar los árboles, reverdecer la naturaleza, abre la puerta á los perfumes prisioneros, y hace entrar en la sombra á los espíritus perversos. Para revivir el alma de la princesa, aun antes de abrir los pétalos de sus ojos, le muestra en una mágica visión el maravilloso desfi-

le de las ciudades de Belleza, que componen un cortejo de glorioso esplendor; *Tebas* y el antiguo *Egipto* con Ramsés y Cleopatra; *Atenas* con Fidias y los jóvenes platónicos; *Roma* con Augusto y un fragmento del «Triunfo de César» de Mantegna; *Bizancio* rodeada de los esplendores del Bajo-Imperio; *Florenia* acompañada de Dante y Cimabue; *Venecia*, los dux, el Ticiano, Veroneso; *Nuremberg* con porta-estandartes, Alberto Durero, Adam Kraft, Hans Sach, Peter Fischer y Viansen; *Paris* seguida de heraldos armados, de Juana de Arco y de San Luis; *Oxford* con el rey Alfredo y Guillermo de

Wykeham en un mundo de estudiantes; *Londres*, en fin, envuelta en un vuelo de negros demonios y precedida de *Fililistino*, personaje vulgar, quien representa la roca sólida é indestructible del carácter inglés.

Y el misterio continúa desarrollando el espíritu de vida, el *Spirit of Life*, que viene de lo bello, enseñando la generación humana por el sentimiento de la Belleza desencadenada sobre todas las regiones de la tierra! . . .

OCTAVE UZANNE.

THANATOPSIS.

(TRADUCCIÓN DE BRYANT).

Para el mortal que reverente admira
La creación, á su visible forma
El entusiasta corazón uniendo
Con vínculos de amor, vario lenguaje
Natura emplea. En horas de alegría
Ecos le brinda de ventura y gozo,
Y en las amargas horas
Que emponzoña la fúnebre tristeza,
Blandamente en el ánima insinúa
De su doliente amigo
Una voz melancólica, suave,
Que, la profunda agitación calmando,
En corriente apacible sus ideas
Plácida mueve.—Cuando el pensamiento
De los instantes últimos del hombre
En tu agobiado espíritu cayere,
Como la escarcha en débil florecilla
Y el sombrío ataúd, y la agonía
Congojosa, y el hórrido sepulcro
En negra perspectiva te amenacen,
Y temblando de horror ya desfallezcas
Sal pronto á la campiña, bajo el ancho
Pabellón de los cielos, y allí escucha
La misteriosa voz que se desprende
De la tierra y las aguas, del abismo
De los aires sin fin.

«En breve plazo
(Dirá la voz oculta) el sol radiante
Que alumbra todo en su triunfal carrera,
Ya no te alumbrará: bajo el helado
Terruño en que tu forma se escondiere
Por pocos años, ó en la mar salobre
Que un momento la abrigue, al fin tu imagen
Se perderá también. La madre tierra
Que alimentó tu vida, sus derechos
Reclamará; los elementos mismos
Con que el sér material te dió en el mundo
Volverán á su seno; y ya perdida
Tu identidad, con el peñasco rudo,
O el terrón insensible que el labriego
Pisa y rompe tal vez con el arado,
Se irán á confundir. La añosa encina
Con su bronca raíz irá esparciendo
El vano polvo en que estribó tu hechura.

Mas no sin numerosa compañía
 Al vasto lecho de eternal reposo
 Descenderá, ni en tálamo más regio
 Pudieras concebir. En él descanso
 Lograrás en unión de los patriarcas
 De la edad primitiva, de los reyes
 Y grandes de la tierra, de los sabios,
 Los héroes que los hombres divinizan,
 Y las beldades que su pecho encienden;
 Los poderosos y los buenos, todos
 En un sepulcro inmenso confundidos.
 Los montes de granítico esqueleto,
 Antiguos como el sol; los anchos valles
 Que yacen pensativos á su falda;
 Los bosques venerandos; lentos ríos
 Que afluyen majestuosos; arroyuelos
 Triscando leves por el verde prado,
 Que esmaltan en mil flores; y en contorno
 Derramado, infinito allá en la bruma,
 Del hondo mar el lúgubre desierto—
 He aquí la gran decoración, el cuadro
 Solemne, inspirador de nuestra tumba.
 El astro cuya luz engendra el día,
 Los luceros que brillan en la noche,
 Clara hueste sin número del cielo,
 Ardiendo está cual fúnebres antorchas
 En los vastos dominios de la Muerte
 Y en tanto vuelan sin rumor los siglos.
 «Qué son sino un puñado,
 Qué son los que se agitan en la tierra,
 Al lado de las tribus incontables:
 Que duermen en su seno? A la mañana
 Pedid sus alas de oro, y vuestra mente
 Vuele atrevida el arenal cruzando
 De Barca, ó bien divague en las florestas
 Que baña el Oregón, rumor ninguno
 Escuchando, á no ser el de sus ondas,
 Y allí, en aquellos páramos, los muertos
 También encontraréis; miles, millones,
 En esas hoy profundas soledades,
 De edad remota entre la opaca niebla,
 Cansados de vivir la sien doblaron
 Al sueño entenebrido y sin memoria
 Que duermen todavía. Los difuntos
 Allí ocultan su reino solitario,
 Y allí reposan. A tu vez inmóvil
 Con ellos dormirás, de los vivientes
 Silencioso alejándote (¿quién sabe
 Si aun falta de un amigo que te llore?)
 Y todo cuanto alienta, cuanto vive
 Al fin se te unirá. Los venturosos
 Continuarán su risa cuando mueras,
 Los míseros su llanto; cada uno
 Corriendo seguirá tras el fantasma
 Favorito; á su torno empero todos,
 La ilusión ó el capricho abandonando,
 Contigo irán para ocupar su lecho.
 «En larga procesión los canos siglos
 Pasarán y los hijos de los hombres—
 El jóven de la vida en la mañana,
 El que toca el zenit de la existencia,
 Doncellas y matronas, tierno infante,
 O ya caduco y tembloroso anciano,
 Sin faltar uno solo,

Tendidos á tu lado iránse viendo
Por otros y otros más que al fin sucumban.
«Vive, pues, de tal modo que al llamarte
Dios á seguir la caravana inmensa
Que va incesante al reino de las sombras,
Donde cada viajero encuentra lista
Su alcoba en los palacios de la muerte,
No llegues, ay! cual llega á su mazmorra
De noche, por el cómitre azotado,
Criminal infeliz; y en calma, erguido,
De la esperanza con el dulce apoyo,
Desciendas á la tumba cual se mira
Rendido labrador que llega ufano
A su lecho, tranquilo en él se arroja
Y duérmese al instante
Olvidado entre plácidos ensueños.»

IGNACIO MARISCAL.



EN VENECIA.—CAMILLE COLOMNE DE CESARI.

IVAN EL LOCO.

Sarah. . . . Sarah, toma tu cintillo de coral y guárdalo. Abre un hoyo en la tierra tan hondo como mis penas, y por hondo, negro, como tus ojos; quítate tu basquiña roja y tus enaguas de raso azul, y vistete el sucio harapo de la bohemia errante; deshaz tus trenzas de ébano, desatando el hilo de monedas falsas que las anudan; desnuda tus piesecitos de las chinelas acordonadas; desaparezca de tí la hermosura de las hijas de Tyrol, para tornarte en la gitanilla ruin, transeunte abigarrada de villorrios y sígueme; huye conmigo, presto. . . . iremos al Mediodía, allí donde el naranjo florece y la perspectiva hermosa no se reduce á los cielos opacos y á los álamos blancos de las montañas del Voralverg, ¡te quiero tanto!

¿No sabes que quemarán nuestro hogar? Donde tu cuna se meció, el viento de mañana barrerá cenizas. Ya no tendremos techo que detengan los plumones nevados del invierno, ni al amor de la lumbre del hogar cantaremos las endechas de las historias del país natal. Nosotros no debemos tener patria ni hogar! Mejor, mejor. . . . nuestro hogar es nómade; hoy será la hoya de un camino, mañana el umbral de una puerta extraña, pasado. . . . será un palmo de tierra capaz sólo para tapar un cuerpo! Por patria el mundo, ¿qué no? ¡el mundo todo! ¡Sí, el mundo todo, hasta que mi raza acabe! ¡Ven. . . . ven, sígueme, no vuelvas el rostro atrás, que allí quedan los que nos lanzan á la intemperie; si te conocieran virgen y hermosa, te ultrajarían, y eso nunca mientras Ivan tenga sangre en las venas y un bordón recio como un basto!

Te has cansado, pobrecita, de andar descalza. Oye, ¿no sabes el sueño de un hombre agonizante al golpe de los que nos arrojan? Escucha: te lo referiré, pero no te entristezcas, ríe, ríe al oírlo, que es una moraleja. Cansado un zingaro de huir sin rumbo, sin un pedazo de pan en la alforja, ni un centavo en el pañuelo, se sentó en una piedra á la entrada de una rica ciudad. A poco tiempo una hermosa mujer de tez blanca, no morena como la tuya, pasó á su lado. Su hermosura le pasmó, y en lugar de pedirle dinero, el loco le pidió amor. ¡Amor! y á quién? Ella le contestó riendo, y apartándose con asco de sus harapos, le dijo: ¡allí me esperan;

allí están los que amo! Y así diciendo fué á besar en los carrillos á los niños que jugaban aventándose bolas de nieve en una plaza cercana. Era la Felicidad. Otra mujer pasó, más hermosa aún por sus ricos vestidos y su tren lujoso.—¿Y tú no me amarás?—le preguntó el zingaro. Aparta, importuno, aparta y no estorbes mi camino: ¿no ves que me esperan los que amo? Y huyó hacia una estancia que la luz anegaba y en donde echaban las cartas hombres inmensamente ricos. Era la Fortuna. Otra surgió, bella también, y cantando y riendo como una manceba ebria.

—Tú si me amarás, la dijo él. Pero ella le vió andrajoso, rió de desdén, y le dijo: «¡Yo no amo en razón, sino á aquel que escribe hazañas ó versos sobre el dorso de letras de cambio!» y siguió hasta llegar al ático de soberbio palacio. Era la Gloria. El lloraba de verse desdeñado, con la cabeza caída entre las manos, hasta que sintió que alguien le tocaba y se irguió. Eran tres mujeres: dos jóvenes, una habladora, resuelta, de ademanes risibles, y otra muda, con el cabello suelto y el vestido negro. La tercera, vieja y acechadora. «Somos, dijo ésta, la Locura, la Tristeza y la Muerte, y amamos al que nos ame;» sólo que yo amo la última porque me gusta amar eternamente; por eso voy siempre la última en caminar; al que aman la dicha, la fortuna ó la gloria, él concluye por desdeñarlas y amar á la Locura ó la Tristeza mientras yo llego.

El amor de éstas lo conduce al mío. Sólo en mí está todo: fuera de mí todo es nada, yo soy la negociación inevitable y la inevitable novia. La dicha al infinito agobia; la fortuna hastía y la gloria cansa; nada son dicha, fortuna ni gloria, mientras no las altera el dolor, el deseo ó la ilusión. Conque ahora decide, ¿a quién amas? Y él sintió el beso de la Tristeza vagar en sus labios, amando en secreto á la novia del amor! ¡Al día siguiente un cuerpo semioculto por la nieve amaneció en las afueras de aquella ciudad! ¡Pero vamos, vamos andando, que ellos vienen! ¿No me sigues? ¿Dónde estás? Já. . . . já. . . . já. . . . ¡Te han cogido! . . . Sarah. . . Sarah mía, ¡te perdí! E Ivan, riendo, lloraba detrás de la reja del departamento de locos del hospital, pensando en su hija, mientras llegaba la novia del amor eterno.

LEÓN TOLSTOY.

1851.

(LEYENDA DE LOS SIGLOS).

VICTOR HUGO.

Yo ví la Muerte y la Vergüenza: unidas,
A la luz del crepúsculo marchaban
En un horrible bosque. Estremecidas
Por el viento, las yerbas oscilaban.

Sobre un muerto caballo iba la Muerte,
Y la Vergüenza, en un corcel podrido.
Pájaros negros por el aire inerte
Cruzaban arrojando su graznido.

Y dijo la Vergüenza:—Soy la Dicha,
Ven. El oro, la púrpura, la seda,
El festín, los palacios, los bufones,
Las arcas entreabiertas donde rueda
El himno embriagador de los millones;
La triunfal pompa de las regias salas;
El jardín con sus árboles, sus fuentes;
Las mujeres corriendo con sus galas
De belleza y de luz resplandecientes;
La música vibrando sus clarines
De la gloria en el bronce resonante,
Todo te pertenece: goce, arrullo,
Hermosura, poder, cetro y orgullo;
Ven y sigue, partamos al instante.
Y respondí:—Mal huele tu caballo.

La Muerte dijo:—Es el deber mi nombre,
Y voy hacia el sepulcro; entre el desmayo,
La angustia y el prodigio llevo al hombre,
—Detrás de tí,—¿hay un sitio? le pregunto.

Y vueltos á la sombra en que aparece
Dios, emprendemos el camino al punto,
Mientras la vasta selva se ennegrece.

LEOPOLDO DIAZ.



J. RUELAS 99

CUADRO.

IMITACIÓN.

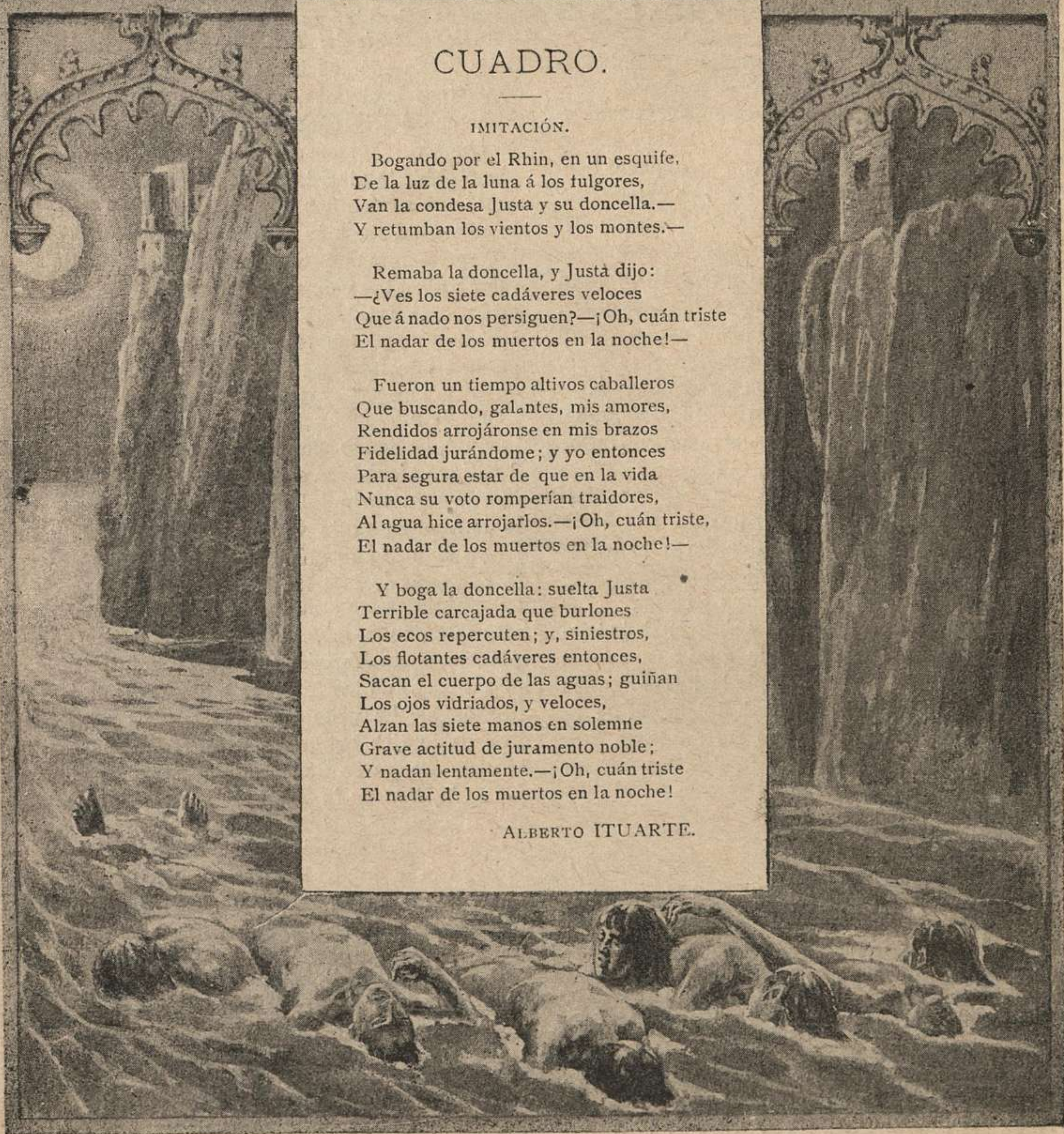
Bogando por el Rhin, en un esquife,
De la luz de la luna á los fulgores,
Van la condesa Justa y su doncella.—
Y retumban los vientos y los montes.—

Remaba la doncella, y Justa dijo:
—¿Ves los siete cadáveres veloces
Que á nado nos persiguen?—¡Oh, cuán triste
El nadar de los muertos en la noche!—

Fueron un tiempo altivos caballeros
Que buscando, galantes, mis amores,
Rendidos arrojáronse en mis brazos
Fidelidad jurándome; y yo entonces
Para segura estar de que en la vida
Nunca su voto romperían traidores,
Al agua hice arrojarlos.—¡Oh, cuán triste,
El nadar de los muertos en la noche!—

Y boga la doncella: suelta Justa
Terrible carcajada que burlones
Los ecos repercuten; y, siniestros,
Los flotantes cadáveres entonces,
Sacan el cuerpo de las aguas; guiñan
Los ojos vidriados, y veloces,
Alzan las siete manos en solemne
Grave actitud de juramento noble;
Y nadan lentamente.—¡Oh, cuán triste
El nadar de los muertos en la noche!

ALBERTO ITUARTE.



DIARIO DE UN PARISIENSE.

¡VIVA EL VINO!

Durante todo ese Congreso de la Prensa, que se verificaba en Roma, en el admirable establecimiento de la Asociación de la Prensa Italiana—nosotros no tenemos un local semejante en París para recibir á los colegas—mientras que se discutían las cuestiones profesionales que interesan á los periodistas, yo pensaba en ese otro Congreso, ya ahora fijado, y que al mismo tiempo se reunía en París para ocuparse de combatir el alcoholismo. La tinta y el vino (el vino fabricado, se entiende), dos factores de terrible embriaguez. Y sin embargo, el uno y el otro son agentes de vida.

Yo no he leído los discursos de los oradores que han tomado parte en el Congreso de París; pero conozco los terribles argumentos que el Dr. Legrain y el Dr. Laborde han podido hacer valer.

Ellos prosiguen con encarnizamiento admirable su campaña contra el *monstruo*.

Ellos enseñan á sus contemporáneos el eterno *esclavo turco* que paseaban por las calles de Esparta para disgustar á la humanidad con su aspecto titubeante. Yo no sé si las arengas de esos celosos sabios habrán servido á *desalcoholizar* el mundo. El que ha bebido, beberá, dice el proverbio, y el hombre tiende á sus vicios. Por más que multipliquen los cuadros de anti-alcoholismo, en los que el Dr. Gallier Boissière enseña por un lado el estómago, el corazón, los riñones y el cerebro del hombre sano, y por el otro los mismos órganos corroidos, lacrados, degenerados, reblandecidos en el alcohólico, toda esta pintura higiénica y ese arte moralizador hace sonreír á las gentes encarnizadas con la *diosa botella* y el *demisientier*.

El anti-alcoholismo tiene sus poetas. Un diario especial, *La Estrella Azul*, publica entre dos estudios científicos sobre el alcohol y sus siniestros efectos, poesías, *cantos naturales para inspirar á los niños el horror del alcoholismo y el amor de la temperancia*. ¡Ay! Ya escucho desde aquí esos cantos temperantes y esas poesías templadas! Los himnos guerreros de la mariscala Booth deben ser de la misma escuela, y el más mínimo refrán de un cancionista que eleva su vaso debe fustigarles con un alazo y con un golpe de vino.

¡Viva el vino
Viva ese jugo divino!

Es el clásico refrán que la humanidad ávida de sueños entona desde que ella busca sobre la tierra la felicidad errante. Hay quienes creen encontrarla en el fondo del vaso, y otros vierten por viático un poco de alcohol á la pobre humanidad que marcha. Pero sobreviene la ciencia que vuelve á nivelarlo todo y analiza las canciones de los bebedores. «Yo digo *toujour* la misma cosa, porque es *toujour* la misma cosa, para hablar como el Pierrot de Molière.» Y yo hablaré una vez más todavía del alcoh-

lismo, porque de todas las cuestiones que están á la orden del día en el mundo, es la más punzante y la más sangrienta, si así puede decirse.

* * *

En las inmediaciones de Roma, en ese campo de grandes líneas severas, que hace pensar en los paisajes de Aligny—con los tonos gris-rosa de los primeros cuadros de Corci—a lo largo de la vida Appia y por todas partes, en torno de la ciudad de las siete colinas, las *osterie* se abren, presentando sobre sus murallas inscripciones trazadas en su mayor parte con caracteres rojos, como las letras grabadas en el fondo de las Catacumbas ó los *graffiti* trazados sobre las paredes de Pompeya.

Antica osterie dei Tritoni—ó Dei tre Ladroni—Della Stella—viejas hosterías ó cantina del Tritón, de los tres Ladrones, de la Estrella! Es allí donde por cinco ó seis céntimos el medio litro se beben los vinos volcánicos de los *chateaux* romanos, que hacen subir la alegría á la cabeza y con frecuencia también los cuchillos á las manos. Vino de calor y de colores. Pero más aún, los crímenes de sangre no suprimen más que al individuo! El alcoholismo, que no abre las venas sino que penetra en ellas, destruye la raza de Francia, los *assomoirs* de los *faubourgs* parisienses ó los cafés de los boulevards, donde florece el verde ajeno, son tan peligrosos como las antiguas *osterie* de la vieja Roma.

Uno de nuestros compatriotas, el doctor Luciano Jacquet, haciendo tiempo á una conferencia sobre el *peligro alcohólico en Francia*, confesaba ser el hijo de un notario del pequeño pueblo, que, cargado de familia, había venido á la ciudad para buscar su vida. Se asoció á un negociante hábil y fundó una casa de espirituosos que prosperó.

Si el hijo es hoy día un distinguido médico de los hospitales, se le debe al alcohol. «Una parte de mi infancia, decía *Monsieur* Jacquet á sus auditores, se ha deslizado en las fábricas y depósitos de bebidas alcohólicas; he visto entre los toneles y los odres, obreros de ojos brillantes y movimientos febriles; he visto escaparse de los alambiques el *hilo sutil que se infiltra en la sangre de Francia y la vicia gota á gota*.

«Así, antes, beneficiario de ese negocio, y sabiendo hoy día lo que es la formidable amenaza del alcohol, siento pesar sobre mí una responsabilidad más directa tal vez que otras.» Y he aquí por qué el doctor lucha con todas sus fuerzas contra la parte que nos envilece.

La desgracia es que los *beneficiarios de ese negocio* no obran todos como el doctor Jacquet. *Ellos son muchos*. Y el número aumenta cada año, en esos comerciantes de tuberculosis que, bajo la forma de un vaso de aguardiente, entregan en realidad á sus clientes pedazos de sarcófago.

—En 1874 había en Francia 342,980 expendios de bebidas. Diez años después habían más de 386,000. Veinte años después cerca de 420,000. En 1896 se contaban 432,047 en provincia, y 40,000 en París, ó sea 472,000 en Francia. Debe haber ahora 500,000, medio millón que cuesta al país más de un *milliare*. Es decir, que en diez años cuenta cerca de 50,000 expendios más, y en veinte años, cerca de 100,000 casas de comerciantes de *gouttes*.

¿Qué queréis que hagan los Congresos y los congresistas y los fundadores de Ligas de temperancia contra esa ola que sube infestada de aguar-diente?

¿Qué quieren ustedes que ellos hagan sobre todo contra los poetas que continúan cantando el falermo como en los tiempos de Horacio, con esta diferencia: que el falermo parisiense es una simple mixtura química y que Horacio le odiaría tanto como el ajo y el veneno de Locusta.

Alma del vino, genio invisible, ¿cómo te nombran? ¡Yo te llamo Satán!

Y ahora, no se trata de Horacio; esta vez es Shakespeare el que habla y el hombre del país del ginebra contesta con vigor al poeta latino:

Decid que es un enemigo mortal que deshonra al hombre y atrae sobre sus labios ese veneno.

Sabiendo bien que va á dejar ahí su razón!

Y esos, llenos de orgullo, en las risas, en las fiestas, nos llevan con arrebatos convirtiéndonos en bestias!

Nosotros nos cambiamos en bestias! Los miembros del Congreso, en la otra semana, no han hecho, en verdad, más que parafrasear científicamente á Shakespeare. Nos han enseñado las diversas variedades de esas *bestias humanas*. Existen,—es monsieur Lancareaux quien los ha clasificado—los alcohólicos propiamente dicho, envenenados por los espirituosos en general; los etílicos ó anélicos, ó bebedores de vino, y los bebedores de ajeno. Esas tres clases de intoxicados presentan manifestaciones diferentes. En suma, perturbaciones de la visión, disminución del oído, del olfato, del gusto, estremecimientos, sobresaltos, el hombre cambiado en *pantin cassé*, especie de convulsiones epileptiformes, con esos sacudimientos singulares que han llamado movimientos *clownicos*.

No se tiene que estudiar largo tiempo para reconocer á esos desgraciados. Conversad con ellos: primero, notaréis esa vacilación de la palabra tan característica entre los recidivistas del alcohol; adivinaréis el *delirium tremens* que se aproxima y ese estado que ha pintado tan terriblemente Anglais Cruikehand, en su lúgubre serie titulada *La botella*,—The Boitle—en la que el bebedor apático, atolondrado, obtuso, estúpido, llega al instante preciso en que el alcohólico crónico se cambia en demente.

Ah! los horrores de la parálisis alcohólica, el *tábés*, los sueños siniestros, las pesadillas, las ratas que saltan al lecho y á las piernas de *Coupeau*, las alucinaciones del oído, las campanas que tocan, las moscas imaginarias que entran en el paladar, en las narices, he ahí los hermosos espectáculos del alcoholismo—y cantad el vino, festejad la botella!

¡Viva el vino!

¡Viva ese jugo divino!

El doctor S. Broussain, en una tesis reciente sobre *Manifestaciones nerviosas del alcoholismo*, que encontré el otro día en la Comedia Francesa, entre las manos de Monsieur Pablo Mounet, ha estudiado por su turno las perturbaciones de la inteligencia, las hemorragias de las meninges, la parálisis general, la neurosis que pueden nacer del alcoholismo. El doctor Debove la había ya descrito magistralmente.

Cuando percibí á alguno de mis contemporáneos que tiene ya ese modo de andar especial, que se llama el *etppage*, me dijo:

—Tú te vas ya en el tren de los tabelicos.

El alcohol no tiene más que un mérito: desnuda al hombre moralmente. En esto, el proverbio latino *In vino veritas* es una verdad. La melancolía llorosa del sentimental, ó la rabia loca del malvado, ó el deseo bestial del voluptuoso, en total, el *bruto*, lo que hace el *bruto*, se presenta en la embriaguez. Pero estos diversos estados, la diversidad misma de los espíritus y su fabricación, los modifican, como si la razón humana estribase en una manipulación de alambique. Y así, no es solamente por el crecimiento del consumo de los espíritus, sino por la composición misma de esas bebidas. Pase todavía el vino, aun cuando el buen vino, el verdadero vino de Francia, sea ya raro. Pero el alcoholismo puro, el farfuror, la acetona, la aldehida, la esencia de *girofle*, la esencia de algélica, de ajeno, de hidropo—epileptisante añís, la badiana, la menta que produce la estupefacción—todos éstos, otros tantos ayudantes de la muerte, esos diversos fantasmas ó formas del alcohol, hieren al mismo tiempo el hígado y los riñones.

Sí,—es espantoso—pero todo eso que aromatiza, todo lo que produce el *bouquet*, el azúcar, los aceites de vino, las esencias—todo eso alcoholiza al hombre y hace más *bestias* de las que habla Cassio.

El Congreso habrá tenido eso de excelente: el advertir á los mundanos. Sus perfumes, sus olores, son agentes del alcoholismo. Cuando se piensa en que el agua de melisa, que se presenta como confortante, sobre un pedazo de azúcar, el agua de melisa, como la misma vulneraria, produce los propios efectos que el *troix-six* y el *tard-bayaux*! A quién, á quién fiarse *bene deus*, si la vulneraria y el agua de arquebure son tan terribles como el duro *calvados*, que corroe en Normandía hasta los labios de los recién nacidos.

Y sobre todo, qué hacer para luchar contra el peligro y vencerlo? Si debería hacerse en los cafés de temperancia la instalación de salas de lectura, en las que pudiera leerse el periódico sin estar obligado á beber otra cosa más que té, círculos de *teatralistas* como en Inglaterra y como en América—*el todo al té* combatiendo á ese otro *todo á la cloaca*—que es el alcoholismo; refugios para los alcohólicos que quisieran hacer una curación de temperancia, una especie de *Salpetriere*, especial, de la que saldría curado. Esos son sueños hermosos. ¿Y quién nos dice que esos sean sueños?

Ensayemos! Obremos! Combatamos! Vencer un hábito, una costumbre, no es fácil; y aun yo mismo que escribo estas líneas en un rincón de Roma, á

algunos pasos de esta hostería del Ordo, próxima al palacio hospitalario y encantador del conde Primafí, el hotel del Oro, en el que se alojaron Rabalais y Montaigne, yo mismo, al llegar aquí, ¿no he tenido una decepción de viajero no hallando más, no hallando como antes, ese delicioso vino de Montefiascome, dorado como el vino de Arviotto, que ríe y que luce en los elegantes *flasches*, ese vino de Montefiascome, del que se desfunda ó se desfundaba todos los años un tonel sobre la tumba del mismo cura de Montefiascome, que salvó ó plantó, yo no sé bien cuál de ambas cosas, la noble viña del país?

Si, yo no he encontrado todavía Montefiascome y ya no encontraré sin duda el sabroso de Horacio, el *Nume est bibendum!* Es necesario beber ahora con toda libertad, es necesario golpear con el pie la tierra. Sí, pero el Congreso que acaba de pasar, ha probado bien pronto que el pie del bebedor no es ya libre y que su cabeza no está ya sana y que se trata de la raza de Francia, de la que nuestro viejo Horacio, siempre joven, tenía cien mil razones para no dudar.

JULES CLARETIE.

A HIDALGO.

I

¡Volvamos nuestros ojos al pasado!...
Emigre el pensamiento arrebatado,
Y rasgando el pavor de otras edades
Pose su vuelo en la inmortal Dolores,
A donde luce lleno de fulgores
El astro de las patrias libertades!

II

¿Veis la humilde parroquia?... ¿el campanario?
... ¿El luminoso blanco del santuario
Entre la luz rojiza de la aurora?...
¿Veis inclinarse, al son de las campanas,
Una cabeza noble y soñadora
Llena de pensamientos y de canas?....

III

De Hidalgo es esa frente que se inclina!...
... Ya el ideal de libertad germina
Bajo el hielo que cubre sus cabellos!...
Y ante el Dios que murió por los humanos
Elevan una súplica sus manos
Y su frente se cubre de destellos!

IV

Hidalgo habla en la noche con el Cristo.
Dice; A mi patria escarnecida he visto!...
Por contemplar su yugo hecho pedazos,
Moriré como tú, crucificado!...
Y el Cristo del altar abre los brazos
Al Cristo de la Patria, arrodillado!....

V

Tuvo la empresa de su parte al cielo!
Nació en un templo; levantó su vuelo
Al místico sonar de una campana...
Un lábaro buscó que la cubriera
Y la dulce madona americana
Bajó del Tepeyac á su bandera!....

VI

Pero Hidalgo otro Dios fuerte y fecundo
Tuvo en la Libertad! el Dios del mundo
A quien no crucifica el Pesimismo,
Ni sepultan los mares de la duda!
Dios triunfal de la cruz y del abismo
A quien el mundo en éxtasis saluda!

VII

Y á la vez que predica la cruzada
Deja Hidalgo la cruz; ciñe la espada!
Heroico fraile que á la luz del cirio
Con la hostia levanta una bandera
Y coloca en su nivea cabellera
El casco y la corona del martirio!

VII

¡Y se lanzó á la lucha aquel gigante!
La mística bandera alzó triunfante
Y con su diestra vengadora y pia
Hirió al tirano, castigó al verdugo,
Libró á mil siervos del infame yugo
Y al par que fulminaba . . . bendecía!

IX

Y fué el cadalso el fin de su heroísmo!
Al sol subió la sombra del abismo
Y nublados del astro los fulgores
Sangró otra vez esa tragedia obscura
Que Hidalgo celebró cuando era cura
De la humilde parroquia de Dolores! . . .

X

¡Oh heroica sangre que á la Patria abona!
Si de flores la tierra se corona,
Si bajo el cielo azul triunfa el paisaje
Enflorado con mirtos y laureles . . .
Si estremecen las liras su cordaje
Y al mármol acarician los cinceles . . .

XI

Si evocando la sombra de Virgilio
Brotó junto á la geórgica el idilio,
Y la Patria en su hamaca reclinada,
Sueña al ritmo de plácidos vaivenes
Bajo fresca palmera doblegada,
Cadencioso abanico de sus sienes . . .

XII

Si hace la Paz que fructifique el suelo
Y luzca el arco iris en el cielo
Y broten los olivos y los lirios . . .
Para esa gloria que la tierra inunda,
Tuvo antes que brotar, brava y fecunda,
La sangre de los épicos martirios!

XIII

Si eres feliz ¡oh pueblo mexicano!
Si no eres el esclavo de un tirano,
Pon en tu pecho, entre tus dioses lares,
A Hidalgo que arrasó tus gemonias,
A otro libertador: Benito Juárez
Y al héroe de la paz: Porfirio Díaz!

XIV

Piensa en Hidalgo y si la Patria llora,
Si alguno la amenaza . . . conmemora
Del abnegado Cura de Dolores
La sangre mártir, la cabeza cana,
Sus canas y su sangre . . . dos colores
Que ostenta la bandera mexicana!

Septiembre 15 de 1899.



L'INCROYABLE.

AL NUEVO LUCHADOR.

 Para JOSÉ JUAN TABLADA.

I

Sacude al viento el airón,
 espolea el acicate,
 y despliega en el combate
 tu ideal: ¡tu pabellón!

De la lid en el tesón
 ¡hay si la duda te abate;
 que no triunfa quien debate
 sin la fe del corazón!

¡Pugna, y empapa la escoria
 con tu sangre! Irá la gloria
 recogiénola en su vaso,
 corpúsculo tras corpúsculo;
 como recoge el crepúsculo
 la del sol, en el Ocaso!

II

¿Qué te hierre la saeta
 de la mofa? ¿qué cruel
 te ofrece el mundo la hiel
 con vinagre, del Profeta?

¿Qué ni en la cruz te respeta
 el sarcasmo de Israel?...

Piensa en Jesucristo: ¡El
 es tu símbolo, poeta!

Muere, que luego en tributo
 de duelo, de amargo luto
 vestirá el sol las sombrías

tocas; y, en vivo arrebató,
 clamará el pueblo insensa to:
 ¡De hinojos! ¡era un Mesías!

III

¡Sube la aüstera colina,
 y en el potro del tormento,
 con el martirio cruento
 sella tu extraña doctrina!

¡La faz agónica inclina,
 mas de tu labio sediento
 mane miel: ¡El testamento
 de tu palabra divina!

¡Muere en la cruz enclavado!
 ¡sé maldecido y befado!
 ¡que después desde el crisol
 surgirás, en plazo breve,
 con tu túnica de nieve
 y tu diadema de sol!

 JOSÉ BECERRA.

EL COBARDE QUE PEGA A LAS MUJERES.

El señor espera á la señora que comió fuera de casa.

A las once de la noche, la señora entra llorando de risa.

El señor.—¡Qué alegre estás esta noche, Silvia, sin duda se han divertido mucho en la comida de los esposos Bichard!

La señora. (*Riéndose.*)—Jamás adivinarás lo que así me hace reír.

El señor.—Bichard habrá hecho á vdes. la travesura de servir el café con pececillos rojos dentro.

La señora.—No, prefiero decirtelo desde luego: ha dado un soberano bofetón á su mujer!

El señor.—¡Es posible!

La señora.—Un bofetón de tal fuerza, que todos se taparon la cara con la servilleta para no recibir fragmentos de cabeza. Bichard quería que la lámpara estuviera á la derecha por la falta de su ojo; Aglae que á la izquierda, para que lucieran más sus brillantes; cada uno la cambiaba sucesivamente, hasta que á la sexta vez, Aglae, colérica, acabó por colocarla intencionalmente sobre el plato de las espinacas, y á seguida el marido le calentó la mejilla. (*Riendo.*) Aún me río de la figura que hacía Aglae; pero en el fondo estoy indignada contra Bichard, porque el hombre que pega á una mujer, es un cobarde.

El señor.—Sí, algunas veces.

La señora.—¿Cómo? ¿Algunas veces? Deberías decir, siempre.

El hombre que pega á una mujer es un cobarde, siempre, siempre.

El señor.—A menos que no se le haya precipitado, obligado casi.

La señora.—¡Obligado! ¿Tendrías la audacia de intentar defender á Bichard?

El señor.—No, no. Únicamente digo que hay circunstancias en las que...

La señora. (*Secamente.*)—Bien, harías mejor en expresar con franqueza el fondo de tu pensamiento.

El señor.—Pero si mi pensamiento no tiene fondo.

La señora.—Es que con lo de tus «circunstancias», no parece sino que quieres ponerte en escena.

El señor.—¿Yo? ¡Oh, dioses inmortales! no!

La señora.—¿Por qué ríes al decir esto?

El señor.—Río... demonio, río, como hace poco reías tú... pensando en ese farsante de Bichard, que...

La señora.—¿Cómo «farsante?»... ¿Llamas farsa á su brutalidad? Claro se ve que todos los hombres se apoyan. En caso semejante, lo imitarías, ¿no es esto? Estoy segura que no es la voluntad la que te falta.

El señor.—Entonces, ¿qué?

La señora.—¡El valor!... Aunque es verdad que no soy provocativa como Aglae.

El señor.—¡Oh! No.

La señora.—¿Qué significa ese «¡oh! no!»... Me parece que lo dices con un tono de burla que... y conmigo no basta acusar, sino que es preciso probar. De modo ¿que te atreves á sostener en mi cara que soy provocativa como Aglae?

El señor. (*Con paciencia.*)—No, querida amiga, te repito que no. Verdad es, sin embargo, que á las veces te impacientas un poco y...

La señora.—¿Yo?

El señor. (*Retractándose.*)—Supongamos que nada he dicho.

La señora. (*Con sequedad.*)—Nada de eso: hable vd., es inútil que pretenda aparecer como víctima silenciosa... ¿Conque me impaciento? No podría presentarse una sola prueba de semejante aseveración.

El señor. (*Con dulzura.*)—Pero gentil y querida gatita mía, sin ir más lejos, recuerda que esta misma mañana me sostenías que el artista Paulino Ménier es rubio.

La señora.—Sí, es rubio.

El señor.—No, júrote que te engañas, es moreno.

La señora.—Digo que es rubio.

El señor. (*Cediendo.*)—Sea, pues así lo quieres.

La señora.—No me conformo con concesiones irónicas... Es tan fácil representar la resignación, cuando no quiere confesarse que la razón falta.

El señor. (*Con paciencia.*)—Pues bien, no tengo razón.

La señora.—Esa confesión es de dientes afuera, y otra persona menos caprichosa acabaría por decir: «mujercita mía, te pido perdón por haber sostenido que Paulino Ménier es moreno y...»

El señor. (*Impaciente.*)—Pues, sí, sí, sí, querida amiga amiga, y te suplico pongamos punto final á esto. ¿Dices que Paulino Ménier es rubio? pues rubio, y si deseas que sea verde, será verde.

La señora. (*Rabiosa.*)—¿Verde, eh? Sepa usted, señor mío, que no habla con una loca, y pues lo toma en ese tono, sostengo y sostendré siempre que Ménier es rubio.

El señor. (*Excitado.*)—Sí, sí, y hasta albino. ¿Estás satisfecha?

La señora.—Esa palabra, «albino», prueba que nunca lo ha visto usted; sin esto habría usted reconocido que positivamente es rubio.

El señor.—Pero, cuerpo de Cristo, veinte veces te he repetido que lo conozco y le he hablado.

La señora.—Le habrá llevado á usted entre bastidores para pellizcar á las figurantas.

El señor, *que comienza á mover los pies con impaciencia.*—Si ahora comenzamos con ese capítulo, no acabaremos. (*Queriendo la paz.*) Mira, Silvia, haríamos mejor si nos fuéramos á acostar.

La señora.—No me haría eso saber dónde conoció usted á Paulino Ménier. (*El señor se pasea en la habitación sin chistar.*) Y sería más político, más

de buena educación contestarme, que tronar los dedos, como si los tuviera usted quemados.

El señor (*procurando calmarla*).—Ya te he dicho que fué en el pasaje Jouffroy, un día de lluvia; al marchar hacia atrás le pisé, y naturalmente le supliqué me perdonase.

La señora.—Extraordinario me parece que haya usted pisado.

El señor.—Hay casualidades en la vida. . . .

La señora.—Y ¿entonces lo vió usted moreno?

El señor, *mirando al cielo y con los puños cerrados*.—¡Oh! (*No responde y mide la habitación con pasos precipitados*).

La señora.—En vano pone usted los ojos en blanco y se estira como un elástico; eso no es responder.

El señor.—Pero, caramba, ¿qué quieres que te responda?

La señora.—Que tengo razón.

El señor.—Ya te lo he dicho dos veces.

La señora.—Sí; pero hay una manera de decir las cosas!

El señor, *en tono de calma*.—Escucha, Silvia, me siento un poco mal, y por lo mismo te ruego que no continuemos; vamos mejor á acostarnos.

La señora.—Muy fácil es para desembarazarse de un asunto, cuando no se tiene razón, decir que está uno enfermo; ¿no estoy yo misma enferma, y me está vd. torturando el corazón hace una hora con sus continuos paseos alderredor de los muebles?

El señor.—*Comenzando á perder la paciencia*.—Mira, mejor te cedo la plaza.

(*Se marcha al salón.—La señora, después de dejarlo solo un instante, vuelve á reunirsele*).

La señora.—¿Ha concluido la comedia?

Bien sabe vd. que me desagradan las gentes caprichosas. ¿Es acaso falta mía tener razón? Poquísimamente me importa que su Paulino Ménier sea rubio ó moreno; pero no comprendo qué interés pueda vd. tener en que, siendo rubio, vd. pretenda que sea moreno.

El señor.—Pero puesto que ya he confesado que es rubio, déjame tranquilo, con mil diablos! (*Se marcha al comedor*).

La señora. (*Siguiéndolo*).—Bien podía vd. ser más atento y responderme sin juramentos ni palabrotas, como un carretero; sin comprender que no basta fingir estar nervioso, para creerse dispensando de la observación de las reglas de buena educación.

(*El señor se retira á la cocina*).

La señora. (*Siguiéndole*).—Además, sabe vd. que detesto las gentes rencorosas que parecen que siempre están tascando el freno. Prefiero á las violentas, que no eternizan un disgusto, que tienen, es verdad, momentos de arrebatos, pero después que han soltado la mano, no vuelven á pensar en lo sucedido. . . . vuestro amigo Bichard, por ejemplo.

El señor. (*Animado*).—Que apruebo. . . . en este momento.

La señora.—¡Qué! ¿Qué quiere vd. decir?

El señor. (*Procurando moderarse*).—Nada, nada, yo me comprendo. . . . pero por última vez, te ruego que me dejes tranquilo. (*Huye á la antecámara*).

La señora. (*Siguiéndole*).—¡Sí, eh! Aprueba vd. que Bichard haya dado una bofetada á su mujer? ¿Querria vd., sin duda, imitarlo, figurándose tal vez que soy de la blandura de la Aglae; pero, cuidado con amenazarme, ni aun con la punta de un dedo. . . . Mañana no tendria vd. vida. (*Se le acerca mirándole con fijeza*). Veamos, atrevase vd. á tocarme, lo desafio. (*El la repele dulcemente sin decirle una palabra*). ¡Ah! no se atreve vd.; le falta el valor para cometer la cobardía de pegar á una mujer. ¿Ve vd. estas uñas? Con ellas le señalaría el rostro.

El señor. (*Dominándose todavía*).—Ten cuidado, Silvia, que acabas de meterme un dedo en el ojo.

La señora.—Suélteme vd. el puño ó grito á la guardia, al asesino, y al fuego, á la vez.

El señor.—Pues ten cuidado con tus manos.

La señora. (*Nerviosa en último grado*).—¿Con que desea vd. pagarme, porque Paulino Ménier es rubio; pero inténtelo vd., lo desafio; sí, lo desafio.

El señor. (*Con expresión de rabia*).—¡Oh! (*Sale*).

La señora. (*Siguiéndole*).—Es vd. de los que pegan á las mujeres: atrevase conmigo. No pido más que eso. (*Con los puños y los dientes apretados*).—Tóqueme vd., sí, sí, sí, Paulino Ménier es rubio, ahora, tóqueme vd.

(*El señor sube al tercer piso*).

La señora.—Tóqueme vd., es rubio, es rubio.

(*El señor sube al cuarto piso*).

La señora. (*Loca, furiosa, le sigue*).—Es rubio, rubio, tóqueme vd., grandísimo cobarde.

(*El señor querria subir más, pero reconoce que está en el granero*).

La señora.—Bien decía yo, que no se atrevería vd. á tocarme. . . . Ahora que me ha traído vd. hasta el granero. . . . que no hay testigos. . . . procure vd. pegarme, lo desafio.

El señor. (*Perdiendo la cabeza*).—Vamos, Silvia, me estás volviendo loco; te suplico que calles.

La señora.—Es rubio.

El señor.—A la una! á las dos!

La señora.—Es rubio, rubio, rubio.

El señor.—A las tres.

La señora.—Archi rubio.

El señor. (*Exasperado*).—¡Toma!! (*Le da un bofetón*).

(*Momento de estupor.—El señor queda asombrado por su acto de barbarie; pero la conmoción produce una crisis saludable en el estado nervioso de la señora, que comienza á derramar lágrimas*).

El señor. (*Avergonzado*).—Silvia, humildemente te pido perdón por. . . .

La señora. (*Sollozando*).—No, amado mío, soy yo la que imploro tu perdón por haberte proyoado. . . . No tenia yo razón. . . . Ahora que me acuerdo, yo confundía á Paulino Ménier con la Nilsson, la célebre cantatriz de la ópera.

EPILOGO.

El ruido de aquel bofetón que resonó en el granero, despertó á todos los inquilinos de la casa, que creyeron que lo que tronaba era la viga maestra del techo. Pusiéronse en pie y se asomaron á la puerta, en el mismo momento que los esposos descendían, contentísimos con su reconciliación.

A su paso fueron acogidos con una sonrisa que podía traducirse así:

—Son jóvenes, y mucho se quieren sin duda pa-

ra ir á pasearse al granero como los gatos... cuando tienen una buena recámara.

¡Así se escribe la historia!

EUGENE CHAVETTE.

EL LAGO.

(LAMARTINE).

Así siempre impelidos hacia riberas nuevas
Hacia la noche eterna llevados sin cesar,
¿Acaso no podremos del tiempo en el Océano
Nuestra áncora arrojar?

¡Oh lago! el año apenas acaba su carrera
Y cerca de tus olas do ella volver debió,
Mirame, ¡oh lago! solo, sentarme en esta piedra,
Donde ella descansó.

Mugías así terrible bajo profundas rocas,
Quebrándote en sus flancos, así te llegué á ver,
Así arrojaba el viento la espuma de tus olas
En sus amados pies.

¿Recuerdas? una noche bogábamos callados,
En la onda y bajo el cielo no oíase ni una voz,
Tan sólo hería tus olas el ruido de los remos
En cadencioso son.

Y súbito un acento para la tierra ignoto
El eco en la ribera llegóse á despertar,
La onda estuvo atenta, y aquella voz que amo
Así se hizo escuchar:

«Suspende el vuelo, oh tiempo; vosotras horas dulces
Vuestro curso parad;
De nuestros días más bellos estas delicias rápidas
Dejadnos saborear.

Bastante desgraciados aquí en la tierra os llaman,
Para ellos sí, pasad,
Quitadles con la vida las penas que los matan,
Al dichoso, olvidad.

En vano unos momentos al tiempo que se escapa
Y que huye, pido yo.
Le digo yo á esta noche: más lenta sé; y la aurora
La noche disipó.

Amemos, pues, amemos, de la hora fugitiva
Gocemos hasta el fin;
El hombre sin un puerto y el tiempo sin riberas
Corremos á morir.»

¿Y así tiempo celoso, estos momentos gratos,
En que el amor nos llena de inmensa fruición,

Con la presteza misma han de volarse raudos,
Como días de dolor?

¿Acaso no podremos fijar su dulce huella,
Acaso esos momentos ya nunca tornarán,
El tiempo que los forma y el tiempo que los mata
No los devolverán?

Eternidad, y nada, y abismos, ¡oh pasado!
¿A dónde están los goces que haceis desaparecer?
Hablad: ¿aún probaremos los éxtasis sublimes
Que nos hacéis perder?

¡Oh lago! rocas mudas, grutas y obscura selva,
Vosotros estáis libres del tiempo aterrador;
Al menos de esta noche guarda natura bella
El recuerdo de amor.

Que viva en tu reposo como en tus tempestades,
¡Oh lago! en tus colinas de aspecto encantador,
Que viva en los sabinos y en las salvajes rocas
Que están á tu redor.

Que viva entre los ecos del zéfiro que pasa,
Que saben tus orillas tan bellas repetir,
Y que viva en el astro que con su luz argenta
Tus ondas de zafir.

Que el viento que se queje, la caña que suspire,
Digan cor los perfumes de tu aire embriagador,
Con todo lo que se oiga, se sienta, ó se respire
Amáronse los dos!

MANUEL DE OLAGUIBEL.

SOLEDAD.

Lejos, muy lejos y separados
tal vez por siempre; desconsolados,
tristes los dos,
soñando en todo lo que no existe,
así pasamos de una triste
quimera en pos.

Quién podrá ahora guiar mi paso?
Dónde se ha hundido, gimiendo acaso,
nuestro placer?

En qué insondable caos perdida
cayó la estrella que fué la vida
de nuestro sér?

Ya no tu gracia me pertenece;
sólo un recuerdo que me entristece
guardo de tí.

Numen, deseo, fuente sonora,
reina de gracia. quién puede ahora
volverte á mi?

Acongojada por loco empeño,
 acaso sueñas como yo sueño
 en verte ya
 dando á mis labios, ardiente y loca,
 tus rojos labios, que ya mi boca
 no besará.....

Te veo en sueños cual te veía:
 miro tus senos que mal vestía
 ligero tul,
 —dos albos cisnes en el reposo
 sobre las ondas de tu gracioso
 corpiño azul.—

Hermosas noches de amor, tranquilas,
 iluminadas por tus pupilas
 llenas de luz.....

De ellas en mi alma sólo ha quedado
 el desaliento, triste y pesado
 como una cruz.

Retorna, en nombre de aquel pasado!
 Vuelve á mi espíritu acongojado
 la paz de ayer.

Yo he sido el dueño de tus primicias,
 y ansío serlo de tus caricias
 y en tí creer.

Ven, y anudemos los rotos lazos;
 ven á tenderme los tersos brazos
 sin vacilar;
 ven y desteje tu trenza rubia
 sobre mi frente, como una lluvia
 de luz solar.

En otros tiempos me repetías:
 «Hasta el incierto fin de mis días
 tuya seré:
 tuya es mi boca, que el beso espera,
 tuya la curva de mi cadera,
 tuyo mi pie.»

Y en el deleite de aquel ensueño,
 fui de tus gracias único dueño,
 mía te ví
 como la estrella de la espaciosa
 región vacía, como la rosa
 del colibrí.

—

Qué resta ahora de aquellos días?
 Un mundo lleno de nostalgias,
 un sol sin luz,
 y en mis espaldas de abandonado,
 el desaliento, triste y pesado
 como una cruz.

AURELIO G. CARRASCO.

ANTES DE LA BODA.

MONOLOGO.

Camarin lujosísimo de estilo francés.—Derecha, primer término: chimenea encendida, con espejo, candelabros con bujías también encendidas y monumental reloj de péndulo.—Segundo término: balcones practicables, y entre ellos elegante escritorio de señora.—Izquierda, primer término: estrado con muebles tapizados de valiosas telas.—Puertas en el fondo.—En el centro, mesa cubierta con los regalos de boda: cajas, joyeros, estuches de alhajas, objetos de arte, sacos de dulces, ramilletes, etc., etc.

Caprichosos escaparates con objetos chinos y japoneses, bronce y barro.—Plantas exóticas, en vasos de Sévres.—Muebles de fantasía, esparcidos en distintos sitios.—En las paredes acuarelas, grabados y retratos de familia en ricos marcos.—Lámpara colgante con fanal opaco.—Luces aquí y allá.—El autor recomienda el más delicado gusto para la colocación, en artístico desorden, de los muebles y objetos que decoren la escena.

Al levantarse el telón la escena aparece sola. MARIA, por el fondo, en traje de boda. Entra precipitadamente y después de cerrar la puerta se adelanta hasta el proscenio.

—¡Gracias á Dios que me veo sola! Al fin he podido escapar á las desmedidas atenciones de mis amigas, á la impertinente curiosidad de los convidados y las tenaces miradas de Paquita, mi última rival.

—¡Y cómo deseaba yo este momento de reposo! Durante dos horas hemos estado frente al tocador.

“María: que este pliegue cae mal; que esa trenza necesita de una horquilla.....que un prendido aquí, que un prendido allá.....” ¡Jesús! ¡Qué amigas! Ha sido esto una tanda de abrazos, de besos y de pinchazos de alfiler que á nadie le deseo.

(Viéndose en el espejo.)—Y á decir verdad, me han puesto guapa!.....No soy fea, y además este traje á todas sienta bien. La esposa de mi primo Alfredo, esa incivil provinciana, no puede ser más cursi, y, sin embargo, estaba hermosa á maravilla.

¡Qué lástima que no pueda una llevar este traje siquiera con algunos meses de anticipación, para estudiar todos sus efectos y sacar de él todo el partido que puede sacarle una mujer!

(Viéndose atentamente en el espejo.)—¡Qué ojerosa y qué pálida estoy! ¡Con razón! La cosa no es para menos; en tres noches no he cerrado los ojos. Estoy, como dice ese pedante de Carlitos, al *borde de lo desconocido*. ¡Qué muchacho! Me ha estado mirando con tal insistencia que tentada me he visto de decirle:—Caballerito: ¿quiere vd. volver los ojos á otro lado? ¡No sé qué murmuraba con esos tonos de sus amigos! ¡Y cómo se relamía los labios! ¡No parecía sino que estaba comiendo caramelos!

(Se dirige al escritorio y saca de él un cofrecillo. Vuelve, lo deja en un velador y se sienta con gran cuidado para no ajar el vestido.)—Son las ocho y media, á las nueve llegará Jorge.....

(Al público.)—¿Saben ustedes quién es Jorge? ¿A que lo han adivinado ya? ¡Vaya! Jorge, (para servir á ustedes) es..... ¡mi novio! Un chico más guapo y más elegante..... vamos..... ¡mi novio!

¡Ah! Señoritas, si le conocieran ustedes! Ya me parece que le veo de frac..... Lleva el frac con tanta gallardía, que esas parlanchinas y envidiosas polluelas que pululan en el salón van á quedarse bobas..... Pero ya es tarde, ya tiene dueño, y dueño que le adora con toda el alma; que le ha entregado todo su corazón!

(Acercándose á la mesa del centro.)—¡Los regalos de boda! *(Va tomando los objetos y leyendo las tarjetas que indican la procedencia.)*

—¡Hermoso ramillete! De mi hermano Enrique... Flores raras..... última ofrenda de fraternal cariño á la joven que ruborosa y conmovida se des-

pide de la estación de los sueños y de las imaginaciones locas, para entrar en el otoño de la vida.

—Rico brazalete..... ¡Pobre padre mio! Se ha gastado un capital en esta joya, que á mis manos llega, húmeda, acaso, con una lágrima de dolor!

—Anoche me llamó papá y me dijo conmovido y turbado:—“María, pronto vas á dejarnos..... El marido que el cielo te destina no puede ser mejor; sé buena y amable; no olvides que la felicidad es compañera de la virtud; que á nuestro propio esfuerzo debemos la ventura; que la buena conciencia llena el hogar de santas alegrías; que la paz de una familia y la dicha de los esposos no es el resultado de ajenos afanes, y que *como los maridos son lo que sus mujeres quieren que sean*, á tí, hija mía, toca el hacer vuestra felicidad. No tuviste en la cuna el arrullo de los besos maternos, ni llegas al altar apoyada en la mano de la que el ser te dió; á mí me corresponde, pues, señalarte el camino que debes seguir. Bien sabes cuánto vale Jorge. Sé digna de él.”

(Preocupada y pensativa, como queriendo sobreponerse á la idea que la persigue, toma maquinalmente varios objetos.)—Un saquillo de dulces..... El humilde regalo de mi fiel doncella. ¡Cuánto más no vales tú, modesta y pobre ofrenda de un corazón sencillo, que el rico presente de valiosos encajes de ese vanidoso capitalista de don Alberto, que la da de banquero, y únicamente me regala por obtener un elogio de los convidados.

—Mi buena Clara: acepto tu cariñoso regalo; seguirás á mi servicio, disfrutarás de las abundancias de mi hogar, y en tus brazos, tal vez, hermoso y rubio niño..... *(Sonrojada.)* Pero ¡chist! estas son cosas que deben pensarse tan quedito.....

(Adelantándose al proscenio.)—Eso que Papá me dijo anoche me tiene preocupada..... ¡Estoy tan nerviosa... (Con eso nos disculpamos siempre nosotras.)—¿Por qué si los maridos son lo que quieren sus mujeres, hay tantas esposas desgraciadas? ¿Será que ellas no comprenden la ciencia de la vida conyugal, se cuidan poco del porvenir y confían al azar la solución del gran problema?

¿Que sea yo digna de él?

¡Lo seré! Le amo con todo mi corazón. Identificaré mi alma con la suya, su vida será mi vida.

¿Pero esto basta?

¡Estos hombres, estos hombres, suelen ser tan inconstantes, tan volubles! Hoy se prendan de ésta, mañana de aquella..... Cierto es que nosotras llegamos á subyugarlos..... Pero á qué precio tan alto pagamos, á veces, el dominio autocrático de nuestra belleza!

—¡Bajo nuestro abanico caen rendidos á discreción los más astutos galanteadores, los amantes más avezados..... y al terminar la campaña les negamos nosotras, con militar orgullo, los honores que al valor desgraciado concede la clemencia: salir de la plaza con tambor batiente y con bandera desplegada! Pero ¡ah! es de ver cómo, á las veces, no chistan los vencidos, y por dulce y diplomático modo, los siervos de ayer se tornan en señores, y mientras nosotras nos entregamos á los goces del triunfo, débiles al fin, quedamos inermes á voluntad del nuevo vencedor!

—Dicen algunos que los hombres no aman. No señoras: saben amar, pero pasan de un afecto á otro con la inconstancia del colibrí. Son sus amores como las pompas de jabón que el niño arroja al viento: duran un instante. Nosotras nos consagramos á ellos, son nuestro mundo, nuestra vida, la existencia toda!

¡Cuán cierto es aquello de que *el amor que no es más que una página de la vida de los hombres, es la historia entera de la vida de las mujeres!*

—Yo amo á Jorge con toda mi alma; no porque es guapo, rico y bueno; le amo por esa incontestable razón de la mujer, ante la cual tiemblan los hombres; le amo porque sí, porque sí, y porque sí! Y bien, ¿y si después me pierde el cariño si luego me olvida...? Yo quiero ser siempre, como ahora, dueño absoluto de su corazón, su pensamiento único, su vida toda. Y... ¿quién sale fiador de su conducta?

Hay Seguros de Incendio y Seguros de Vida y Seguros de Mar... ¡Ya es preciso que las mujeres inventemos los Seguros de Amor!

—¿Si con astucia y maña lograra yo dominar á mi marido, tenerle á raya, imponerle mi voluntad, ya con los halagos del cariño, ya con la dureza de un corazón celoso? Grato debe ser á la esposa verse amada, y amada en tal manera, que el marido abdique en ella todo su poder. Eso halaga nuestro amor propio, lisonjea nuestro orgullo y satisface hasta el menor de nuestros caprichos. ¿Pero esto es digno, es justo, es decoroso, es ideal? No; esto no me gusta, esto no es amor!

—Si amor es hijo de la estimación que propias virtudes avaloran y nobles sentimientos engrandecen; si generosa rectitud dirige sus deseos, y mutuas aspiraciones le subliman, y plácida ternura le encadena, fácil sería, por tal manera, perder la dicha tan deseada.

—Yo comprendo la vida de los esposos guiada por fraternal confianza; consorcio en que se adunan docilidad y fuerza, enérgico cariño y fácil y profunda abnegación.

—Pero el corazón me dice que el amor más ardiente, alma del mundo y vida de la vida, sincero y noblemente comprendido, no alcanza á resolver ese problema que tiene entre sus factores la *inconstancia* y la *imaginación*: ese problema obscuro que la terrible esfinge del corazón humano pone ante la mujer, luego que la trémula mano maternal ciñe á sus sienes la corona de desposada.

—No, no basta; mi corazón me lo dice y me lo grita acongojado en este solemne y último momento de libertad.

—Pronto, cuando en la esfera de ese reloj, esa aguja que parece inmóvil avance unas cuantas cifras, me habré jugado el todo por el todo.

(*Dirigiéndose al reloj de la chimenea.*)—Al fin maquinilla incansable, con una cuantas oscilaciones de tu péndulo vas á señalar esa hora tanto tiempo esperada, ese feliz instante que ha sido en mis largas noches de insomnio el punto luminoso de mis sueños.

¡Qué de veces tus acompasados golpes han acompañado los latidos de mi corazón, ora atormentada por la duda cruel, ora feliz, cuando la crédula es-

peranza le fingía á mi lado, apuesto y dichoso, como Romeo en el balcón calado de Julieta, iluminado apenas por la luz de la aurora, que al uno inquietaba, mientras á la otra parecía el fulgor tenue de la luna en ocaso.

(*En el balcón.*)—Ruisseños de mi jardín, trovadores amantes de mis castos ensueños; ¡qué de veces os ahuyentó ese timbre sonoro y vibrador! Venid, que ahora os llama con su alegre retintín. Venid también, alondras que en rauda vuelo dejáis los surcos y os remontáis por los espacios, llenando el aire con vuestras notas argentinas; venid, que ya no os teme mi corazón! Pájaros de la noche que buscáis para querellaros la sombra y el misterio,avecillas del alba, cantad unidos, que Julieta es feliz.

(*Queda un instante como desalentada y pensativa.*)—¿Y el terrible problema? Allí está... allí está!... Acaso las flores de mi corona se cambiarán mañana en punzantes espinas... El tiempo vuela y los instantes, asidos de la mano, como ronda de diablillos traviesos, corren á precipitarse en la eternidad.

(*Parando el reloj.*)—Párate! En ciertos momentos eres más cruel que si con propia inteligencia te movieras. Vas á señalar esa hora feliz y sin embargo, tiemblo. No me mires así... Parece que tu esfera como el ojo de un cíclope, eternamente abierto, me contempla y se burla de mí. Si yo dejara á tus agujas seguir su acompasado curso sin encontrar la misteriosa incógnita, pronto me lanzarías con tu repique horrible carcajada.

(*Contempla un instante el reloj.—Pausa.*)—En vano te he detenido; los minutos ceden á los minutos y los instantes se precipitan sin cesar. Jorge viene, y mi corazón vacila entre el temor y la alegría.

(*Oculto la frente entre las manos, un instante, y exclama.*)—¡Ah! Por mi mente ha pasado como un hilo de luz la idea salvadora... ¡Es ella! ¡Sí que es ella! La bulliciosa consejera de mis quince años, el diablillo travieso de mi edad juvenil.

—Cada hombre es un poeta: en el fondo de su corazón hay siempre una fibra que si se toca le estremece, murmurando una estrofa, y esa, esa es la que se debe tocar. ¿Qué es el amor en el hombre, sino la vibración sublime de esa cuerda?

Hacedla sonar y veréis maravillas: el más altivo hila á nuestras plantas como Hércules á los piés de Onfalia; el más material sueña y canta como la Lamartine, y el más egoísta se sacrifica sonriendo. ¡Prodigios de la Belleza! Pero también hay que halagar la vanidad. Por ella son los hombres héroes y sabios, amados fieles, amadores constantes. Persuadid á un marido de que su esposa es la mejor de todas las mujeres y... estará ganada la partida.

(*Echa á andar el reloj.*)—Ahora, anda! No temo tus manecillas incansables. Apresura ¡oh Tiempo! tu vuelo arrebatado, y traeme á mi Romeo.

(*Pausa.*)—En el salón me esperan, y los curiosos convidados echarán de menos á la desposada. (*Se dirige al velador y toma el cofrecillo que dejó en él al principio de la escena.*)

(*Con gran reposo.*)—Pero antes es preciso dejar en la playa los restos del naufragio de ayer, para saltar á la nave que con las velas desplegadas y

con la popa coronada de flores, me ha de llevar á la tierra prometida de la felicidad.

Si como ha dicho un poeta, *un recuerdo es siempre un rival*, acabemos con las dulces memorias de los sueños de ayer.

¡Si como yo, diera Jorge al olvido los fútiles amores en que acaso ha dejado pedazos del corazón!

(*Junto á la chimenea.*)—Aquí están los recuerdos de los alegres años juveniles, hojas de otoño, que se van para siempre.

(*Sacando un paquete de cartas.*)—Cartas de Luis. Un chico almibarado y guapo, gloria de los salones y encanto de las pollas. No le quise. Me abrumaba con galanteos. (*Las arroja al fuego.*)

—Un billete del Sr. de Mendoza. Un secretario de embajada con tamaños bigotazos, que gastaba *corsé*. ¡Al fuego!

—Este billetito tan lindo ¡quien lo creyera! es de un acaudalado mercader, que mientras conversaba con mi padre de los precios de plaza me guiñaba los ojos de tal modo. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Un buen partido, decían mis tías. ¡Una verdadera calamidad! (*Las arroja al fuego.*)

—Estas cuatro. ¡Un capricho literario! De un poeta ateo, decadentista, un adorador de Verlaine.

Convertíos en cenizas, papeles perfumados, que desmentís las teorías que ese fatuo pregonaba en los cafés y en libros y tribunas. Arded, y que vuestras llamas alumbren mi ventura.

(*Sacando un paquete.*)—Tiernas confidencias de un noble corazón, quien os escribió es ya dichoso al lado de hermosa compañera; y acariciado por unos angelitos de cabellos de oro. Aquí está su regalo; un hermoso ramillete de camelias blancas. ¡Al fuego también!

(*Sacando un retrato.*)—Su retrato. ¡pobre joven! Murió pensando en mí.

Dulce primer amor, bendito seas; tú llenas de encantos la aurora de la vida, y como la mariposa que lleva por toda la pradera el aroma de las flores en que posó las alas, perfumas toda la existencia. Como el rayo de sol que en día de invierno rompe el nublado y viene á iluminar la llanura, haciendo estremecer el lago adormecido, así tu luz ha iluminado muchas veces mis noches de amargura.

También vosotras, dulces memorias de los amores de color de cielo, debéis pasar, y que vuestras inquietas llamas purifiquen mi mente y mi corazón.

Sueños melancólicos de la edad florida; dulce tristeza de un amor generoso; recuerdo de una tumba que guardan las violetas y que el Arte ha cubierto de laureles. ¡Adios para siempre! (*Sécase los ojos y mira extinguirse la carta y el retrato.*)

(*Pausa y gran silencio.*)—Las nueve van á dar, y pronto mi prima Elena me anunciará desde el piano que ha llegado el adorado de mi corazón.

Van á abrirse las puertas del porvenir.

(*Con acento de profunda convicción.*)—Seré feliz y digna de él, y le haré dichoso.!

Es inteligente y bueno. y yo tengo asido el hilo que ha de guiarme por el laberinto de la vida. Seré buena, afable y prudente. Enamorado llega á mis brazos y enamorado vivirá en ellos toda la vida.

La gracia innata en la mujer, el loco delirio de agrandar, el seductor anhelo de ser amada, las galas y los atavíos que me hicieron reina de los salones y que el imperio me dieron de tantos corazones, me prestarán ayuda, y venceré. Yo os lo juro por estos ojos negros, vivarachos y alegres. Con ellos y un par de chiquitines rubios y cariñosos. y con un poquito de talento, que no me falta, lucharé, y. triunfaré.

(*El reloj da las nueve.*)—Una. . . dos. . . tres. . . cuatro. . . cinco. . . seis. . . siete. . . ocho. . . ¡y nueve! . . . (*Con infinita y desbordada alegría.*) ¡Llegó el momento!

(*Se oye dentro un vals de Waldteufel tocado en el piano, y en la puerta del fondo voces femeniles que dicen: MARÍA! MARÍA!*)—Ya es hora. Me voy.

(*Va á salir y se detiene.*) (*Tono confidencial.*)—Yo os ruego, señores, que guardéis profundamente el secreto de esta confidencia. Si sois discretos, acaso otro día os diré si he acertado en la solución del problema.

(*Va á salir, y vuélvese al público.*) (*En tono de afable coquetería.*)—Yo espero que á fuer de galantes caballeros no me negaréis un aplauso como regalo de boda. (*Sale violentamente.*)

(TELÓN RÁPIDO.)

RAFAEL DELGADO.

Tuvimos que lamentar no hace mucho tiempo una pérdida que entonces creímos irreparable: el brazo derecho del escultor Jesús F. Contreras, á quien tantos monumentos debemos, cayó tronchado por un golpe de cirujano.

Contreras, un enamorado de su ar-



LA INOCENCIA.

te, no quiso ni pudo prescindir de su brazo, y con supremos esfuerzos y enérgica voluntad educó su brazo izquierdo.

Hoy, la «Revista Moderna» publica el primer trabajo debido al nuevo esfuerzo y al superior talento de nuestro artista.

LA CONMEMORACION.

ESPECTROS EPICOS.

¿A dónde, con los griegos melenudos,
va por el golfo insigne tanta nave?
Al compás de la tibia, que en agudos
tonos imita la canción del ave,
himno de acentos bélicos y rudos
suena, confuso y grave.

¿Es el Peán?—Guerreros espolones
amagan en las proras esculpidas;
y la flota triunfal lleva festones
de rosas y relámpagos de egidas,
y argenta de espumosos borbotones
las olas divididas.

El Sol entre arreboles resplandece,
como broquel de oro que á indistinto
dios vestido de púrpura guarece;
y el húmedo cristal, á trechos pinto
de reflejos de múrce, parece
en sangre persa aún tinto.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

EN LA NOCHE.

Parece medio día. ¡Tanto alumbra
Húmeda el bosque salpicando, Febe!
Suave el cefirillo apenas mueve
Aquella encina, que entre mil se encumbra.

Sobre el Zempoala el Véspero relumbra,
Tendido encima de la blanca nieve;
Y en la planada, el arroyuelo leve
Como cinta de plata se columbra.

Rutila el cielo; y se oye en la montaña
De la abubilla el grito lastimero,
Que el eco reproduce en la campaña.

Flérida, ven y sigueme, pues quiero
Gozar de aquesta noche. La cabaña
Cierra, amiga; te aguardo en el otero.

JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA.
